

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XX

San José, Costa Rica

1930

Sábado 22 de Febrero

Núm. 8

Año XI. No. 480

SUMARIO

Don Quijote Bolívar.....	Miguel de Unamuno	El poeta Armando Godoy.....	Max Jiménez
Una vida luminosa.....	Fernando de los Ríos	La sima.....	Pío Baroja
Cossío.....	Azorín	Poemas.....	Armando Godoy
Al pensar en los jóvenes...	Juan del Camino	Bibliografía titular.....	
Testimonios.....		Mr. Hill, el Dr. Mendoza y don René Keilhauer.....	A. Viera Altamirano
Un rey de hombres: Georges Clemenceau.....	Alberto Gerchunoff	Tablero (1930).....	

CUANDO me pongo a escribir estas líneas sobre Bolívar, uno de los más grandes y más representativos genios hispánicos, arde la guerra, una guerra tan metódica como cruel, en lo mejor de Europa. Y a través del fragoroso polvo de esta guerra, tan largos años meditada y preparada, se me aparece más grande, mucho más grande la figura de nuestro Bolívar, como guerrero, como estadista, como creador de patrias, y sobre todo y antetodo como hombre.

Bolívar fué un maestro en el arte de la guerra y no un catedrático en la ciencia—si es que es tal—de la milicia; fué un guerrero más que un militar, como decía Ganivet que suele ser el español; fué teatral y enfático, tal como es naturalmente y sin afectación su raza, nuestra raza, pero no fué un pedante. Bolívar fué un hombre, todo un hombre; un hombre entero y verdadero, y ser todo un hombre es más, mucho más que ser *Uebermensch*—lo dejaré, para mayor oscuridad, en alemán—, una mera abstracción nietzschénica, de los que quieren y presumen, pero no logran. Bolívar era de la estirpe de Don Quijote, el de los bigotes grandes, negros y... caídos.

El capitán general inglés C. G. Gordon, el héroe de Jartán, estando sitiado por las huestes del Mahdí en esa ciudad sobre el Nilo en que muriera, llevaba un Diario que ha llegado hasta nosotros. Y el día 13 de Septiembre de 1884 escribía en él:

«Me parece que en vez de la táctica o los libros sobre el arte de la guerra deberíamos hacer que nuestros jóvenes oficiales estudiaran las *Vidas* de Plutarco; sería mejor. Vemos allí a hombres no sostenidos por nuestra verdadera fe, a paganos, haciendo, como cosa corriente, el sacrificio de sus vidas, cuando en nuestros días el mayor mérito es no escapar».

Sin duda alguna que Bolívar leía, como acostumbraban a leer Miranda y San Martín, las *Vidas* de Plutarco, pues su educación había sido enteramente plutarquiana y los dejes de su estilo, tan de transición del siglo XVIII al XIX, lo son. No puede haber duda de que su maestro, D. Simón Rodríguez, le plutarquizó rousseaunizándole. En sus conversaciones mencionaba a Licurgo y a Catón (v. *Diario de Bucaramanga*, pág. 71).

En su correspondencia también menciona, a menudo, a los héroes de Plutarco. Así, el año de 1820, en carta al general Carlos Soublette, dándole cuenta de las ocurrencias políticas de España—insurrección de Quiroga y Riego y jura por Fernando VII de la Cons-

Don Quijote Bolívar

=De la valiosa compilación de monografías titulada *Simón Bolívar*, por los más grandes escritores americanos. Edición de R. Blanco-Fombona. RENACIMIENTO, Madrid. 1914.=



Bolívar en 1825, cuando culminaba su carrera política.

Del natural, por Gil

De la pintura de Gil, se expresó el Libertador en estos términos, en carta de Potosí, agosto 10-1825, a Sir Robert Wilson: «Me tomo la libertad de dirigir a Ud. un retrato mío, hecho en Lima con la más grande exactitud y semejanza».

titución—termina quejándose de lo mal que le secundaban a él sus colaboradores, «del imperio de la apatía», y agrega: «Y después querrán gobernar, y después intrigarán, y después mandarán, y después harán morir como a Milcíades a los libertadores de la patria!» (*Cartas de Bolívar, 1799-1822*, pág. 289).

Y aquel maestro en el arte de la guerra y en el de hacer patrias, que no catedrático de

la problemática ciencia militar, conocía a los hombres, que vale más que conocer soldados. Como que eran hombres, hombres de verdad y no máquinas, no números de regimiento, los que guiaba a la victoria o a la derrota.

Querer aplicar al estudio de un hombre así, a un hombre, a un héroe, los procedimientos lombrosianos, como lo ha intentado el doctor P. M. Arcaya, me parece una pedantería y nada más. Bolívar no era otro doctor—doctor en milicia—; Bolívar era un hombre que hacía la guerra para fundar la única paz duradera y valedera, la paz de la libertad.

El hizo la guerra puede decirse que solo, sin Estado Mayor, a lo Don Quijote. La humanidad que le seguía—humanidad y no mero ejército—era su Sancho.

No, Bolívar no fué nunca pedante, nunca doctor, nunca catedrático. Fué teatral y enfático, cierto es, como don Quijote, como su casta española, con teatralidad y énfasis perfectamente naturales y espontáneos. A un francés que me hablaba una vez del énfasis español hube de atajarle diciéndole: «en los espíritus de naturaleza enfática, el énfasis es natural... ahora, siga usted».

Con Don Quijote comparé a Bolívar hace unos años y quiero volver a esa comparación y repasarla.

«L...», dijo entonces S. E.—es decir, Bolívar—, es malo, es hombre sin delicadeza y sin honor; es un fanfarrón lleno de viento y vanidad; es un verdadero Don Quijote.» Así nos asegura Perú de Lacroix en su *Diario de Bucaramanga* que dijo una vez el Libertador. Donde aparece nuestro Don Quijote completamente desfigurado. Pero es que al decir eso hablaba Bolívar sin duda acomodándose al vulgar y corriente, aunque falso, concepto de nuestro Caballero, y no al que tenía él mismo, Bolívar, que leyó como último libro, dicese, la historia de nuestro Don Quijote, en un ejemplar que un español—el marqués de Mier—le regalara y en cuya casa murió.

Su físico mismo, tal como nos lo describen el francés Perú de Lacroix y el inglés O'Leary, ambos oficiales, y luego biógrafos de Bolívar, tiene no poco de quijotesco. «Bolívar tenía la frente alta—escribe O'Leary—, pero no muy ancha, y surcada de arrugas desde temprana edad; pobladas y bien formadas las cejas; los ojos negros, vivos y penetrantes; la nariz larga y perfecta; los pómulos salientes; las mejillas hundidas, desde que le conocí en 1818; la boca fea...» La estatura de Bolívar era algo cesárea, y la de Don Quijote muy prócera;

pero oíd a O'Leary: «Tenía el pecho angosto, el cuerpo delgado, las piernas sobre todo...» (*Memorias del general O'Leary*, vol. II, pág. 486.) La semejanza acrece cuando se le ponía al Don Quijote americano el rostro ceñudo, manifestando pesadumbre, pensamientos tristes e ideas sombrías. Sólo que el Libertador, que tenía las patillas y el mostacho tirando a rubio, no usaba en sus últimos años, bigotes, mientras que los de Don Quijote eran grandes, negros y... caídos.

Y quién no recuerda aquella frase de Bolívar ya casi moribundo: «¡Los tres más grandes majaderos de la Historia hemos sido Jesucristo, Don Quijote... y yo!» A unos podrá parecerles esta frase en extremo irreverente y hasta blasfema, por lo de Jesucristo; otros dirán que mezcla a un ente de ficción entre dos de realidad, mas esto serían mezquindades de pobres hombres incomprensivos. Y en llegando al campo espiritual en que vivía, obraba y creaba Bolívar, el fundador de patrias, y donde acaba la realidad y empieza la ficción, o más bien donde termina la ficción y empieza la realidad. La historia era en Bolívar leyenda.

He sostenido en mi *Vida de Don Quijote y Sancho* que la raíz de la locura quijotesca hay que buscarla en aquel amor silencioso, avergonzado, tímido, que durante doce mortales años profesó Alonso Quijano a Aldonza Lorenzo, su convencina, sin osar en todo ese tiempo dirigirle la palabra. ¿No sería la raíz de la noble locura bolivaresca aquel terrible pesar que le causó la pérdida de su mujer, del grande y hondo amor de su vida?

Sólo un año vivió, como marido amante y enamorado, con su Teresa. En Bilbao, en mí Bilbao, no lejos, pues, del solar de los Bolívar, la cortejaba; en Madrid, a fines de 1801, se casó con ella. Un año después enviudaba. Y años más tarde, en plena acción militar y política, dijo a Perú de Lacroix: «Usted, pues, se casó a los cuarenta y cinco años... Yo no tenía diez y ocho cuando lo hice en Madrid, y enviudé en 1803 (el 22 de Enero), no teniendo todavía diez y nueve años. Quise mucho a mi mujer y su muerte me hizo jurar no casarme. He cumplido mi palabra. Miren ustedes lo que son las cosas: si no hubiera enviudado quizá mi vida hubiera sido otra; no sería el general Bolívar, ni el Libertador, aunque convengo en que mi genio no era para ser alcalde de San Mateo».

Amores, amoríos más bien, tuvo varios Bolívar; no le faltaba algo de Don Juan. Basta recordar a Josefina, a Anita Lenoir, a Manuelita Sáenz, a la niña del Potosí y a aquella *vieja de Bolívar* de que nos habló Cunningham Graham (v. *Cartas de Bolívar* (1799-1822), pág. 335, nota). Pero acaso el recuerdo de aquel amor de sus diez y ocho años fué lo que se le transformó en amor a Dulcinea del Toboso, a la Gloria.

Libros de caballerías, sus libros de caballerías, leyó muchos; los que se leían en su tiempo, reciente la Gran Revolución y en plena epopeya napoleónica. La misma Gran Revolución se alimentó de historias de Grecia y Roma, de memorias de los héroes de Plutarco. «Yo no soy como Sylva, que cubrió de luto y de sangre a su patria; pero quiero imitar al dictador de Roma en el desprendimiento con que abdicando el sumo poder, volvió a la vida privada y se sometió en todo al reino de las leyes. No soy un Pisistrato...

LIBRERIA ESPAÑOLA

10 Rue Gay-Lussac, París V,
y Mayor 4. Madrid, España

Envía libros españoles, franceses, etc.,
a todos los países en las mejores
condiciones.

Pídase información de novedades.

Depositario del *Repertorio Americano*.

etcétera». Así decía el Libertador en su discurso del 2 de Enero de 1814, en Caracas, ante la Asamblea reunida ese día en el templo de San Francisco. Y de esas reminiscencias aparecen a cada paso en sus escritos.

Y luego su Amadís, Napoleón. Porque es innegable la fascinación que Napoleón ejerciera sobre Bolívar, como sobre todos sus contemporáneos. Y la ejerció más cuando más quiso apartarse de sus malos ejemplos. Cabe decir, sin exceso de paradoja, que nunca traspasó más Bolívar a Napoleón que cuando se esforzó por no imitarle. Era lo de Chateaubriand con Rousseau.

En el *Diario de Bucaramanga* se nos cuenta los recuerdos personales que de Napoleón conservaba Bolívar, cuando asistió en Italia, en la llanura de Monteschiario, cerca de Castiglione, a una gran revista pasada por el Capitán sentado en un trono, y cuando en París, en Diciembre de 1804 le vió coronarse. Hablando del primer recuerdo decía: «Yo ponía toda mi atención en Napoleón, y sólo a él veía entre toda aquella multitud de hombres que había allí reunidos; mi curiosidad no podía saciarse y aseguro que entonces estaba muy lejos de prever que un día sería yo también el objeto de la atención, o si se quiere, de la curiosidad de casi todo un continente y puede decirse también del mundo entero.» ¿Lo oís? ¡El eco de todos los heroísmos y hasta de las santidades! ¡«Un día seré adorado por el mundo!», exclamó el Pobrecito de Asís. Y sin ese resorte humano, muy humano, y por lo tanto divino, no hay heroísmo.

«Usted habrá notado, no hay duda, que en mis conversaciones con los de mi casa y otras personas nunca hago el elogio de Napoleón; que, al contrario, cuando llego a hablar de él o de sus hechos es más bien para criticarlos que para aprobarlos, y que más de una

vez me ha sucedido llamarlo tirano, déspota, como también el haber censurado varias de sus grandes medidas políticas y algunas de sus operaciones militares. Todo esto ha sido y es aún necesario para mí, aunque mi opinión sea diferente; pero tengo que ocultarla y disfrazarla para evitar que se establezca la opinión de que mi política es imitada de la de Napoleón, que mis miras y proyectos son iguales a los suyos, que como él quiero hacerme emperador o rey, dominar la América del Sur como ha dominado él la Europa; todo esto lo habrían dicho si hubiera hecho conocer mi admiración y mi entusiasmo por aquel gran hombre».

En estas palabras de Bolívar a Perú de Lacroix, ¿no os parece oír a Don Quijote hablando de Amadís de Gaula?

El napoleonismo de Bolívar es evidente y en nada amengua su grandeza, más bien la engrandece más. Sólo los grandes, los genios, los héroes, alcanzan a los grandes, los genios y los héroes.

Cierto que fué menos egotista, más humano que Napoleón. Huyó de la tiranía. Y pudo escribir frases tan nobles sobre su renuncia al absolutismo.

«Legisladores: Al restituir al Congreso el poder supremo que depositó en mis manos, séame permitido felicitar al pueblo porque se ha librado de cuanto hay de más terrible en el mundo: de la guerra, con la victoria de Ayacucho y del despotismo con mi resignación. Proscribid para siempre, os ruego, tan tremenda autoridad; esta autoridad que fué el sepulcro de Roma!» Así dijo en el discurso que pronunció ante el Congreso de Lima, el 10 de Febrero de 1825, aniversario del día en que se encargara de la dictadura. Palabras que deben meditar aquellos pueblos de charca, que, como las ranas a Júpiter, piden rey, piden dictador, piden cacique, es decir, piden un supremo esclavo. El Libertador sabía que el supremo esclavo es el tirano, y no quiso esclavizarse a sus pueblos para mejor poder libertarlos.

El quijotesco amor a la gloria, la ambición, la verdadera ambición, no la codicia, no la vanidad del pedante, no el deseo de obtener pasajeros aplausos como un histrión, sino la alta ambición quijotesca de dejar fama perdurable y honrada, le movía. Lo reconocía él mismo. «Yo vivo de la estimación de los hombres», escribía en 1829 a Sir Robert Wilson,

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

apesadumbrado ante las calumnias y los ataques de que estaba siendo víctima, y según los cuales aspiraba a la tiranía. «Feliz el hombre de quien no pueden ser calumniadas sino las intenciones», escribió a tal respecto César Cantú. (Ed. esp., vol. VI.) Bolívar se preocupaba de lo que de él dijera la Historia, como los héroes homéricos y como también los condenados dantescos.

Y su amor propio era excesivo, de lo que nos dan numerosos ejemplos el *Diario de Bucaramanga* y las *Memorias* de O'Leary, ya cuando perdía en el juego, ya cuando siendo joven presumía de saltar bien, ya cuando no era lo bastante tolerante con los que le contradecían, ya cuando en los paseos a pie trataba de cansar a los que le acompañaban. «Su corazón es mejor que su cabeza»—decía de él su principal Sancho, el bueno de Perú de Lacroix—. Y ¿por qué no es buena su cabeza, aquella cabeza que han llamado «la cabeza de las maravillas»?

Yo sé quien soy—exclamó una vez Don Quijote lleno de fe en sí mismo. Y ese grito aparece amenudo en los escritos de Bolívar, si bien en otra forma.

Y conoció, como nuestro caballero, las horas de desaliento y desilusión, cuando contemplando aquél las imágenes de relieve y entalladura confesaba no saber adónde le llevaban sus trabajos. «¡Estoy cansado de mandar!»—exclamaba Bolívar. «Comienzo ya a sentir las flaquezas de una vejez prematura»... ¡a los treinta y ocho años! «Mi conciencia sufre bajo el peso de las atroces calumnias que me prodigan, ya los liberales de América, ya los serviles de Europa. Noche y día me atormenta la idea, en que están mis enemigos, de que mis servicios a la libertad son dirigidos por la ambición». (O'Leary, II, 325). Y al final de aquel Mensaje al Congreso constituyente de Colombia, el 20 de Enero de 1830, aquella frase terrible: «Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido, a costa de los demás. (Véase *Discursos y proclamas*, pág. 135).

Aunque añadió: «Pero ella nos abre la puerta para reconquistarlos bajo vuestros soberanos auspicios, con todo el esplendor de la gloria y de la libertad». ¡Cuántas veces no meditaría en lo que es eso de la independencia de un pueblo, y en lo que ello significa! ¡Cuántas veces no pensaría que de nada sirve comprar una independencia política puramente ficticia a costa de un alma colectiva, de un espíritu nacional, de la dignidad acaso! Porque él, el Libertador, no pensó en crear naciones más o menos independientes; pensó en crear patrias.

A pesar de las terribles confrontaciones con la realidad, pronto volvía, como Don Quijote, a su locura vivificadora y libertadora de los demás.

¿Y todo ello, para qué? ¿Cuál fué su obra? ¿cuál su finalidad? Su formalidad ya la hemos visto, formalidad de genuino héroe quijotesco, teatral y enfático, pero no pedantesco, sino sincero y espontáneo; de maestro en el arte de la guerra y en el crear patrias, no de catedrático de ciencia militar ni de ciencia política; ¿mas su finalidad?

En la proclama que el día 29 de Julio de 1824, año 14.º de la Independencia, dirigió a sus soldados desde el Cuartel general libertador en Pasco, en el corazón de los Andes australes, lo decía: «El Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria; y aun la Europa liberal os contem-

pla con encanto, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo!» ¡La esperanza de libertad para el mundo todo!

Ahora, en estos días de terrible guerra, cuando se han desencadenado sobre Europa las más feroces pasiones atávicas, ¿no pensarán en la América que forjó Bolívar que la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza de la Tierra?

Con verdad escribe Emilio Ollivier, el ministro de Napoleón III, que en tiempo de Bolívar el nombre de éste circulaba entre los pueblos de Europa—sin excluir a España—como sinónimo de libertad. Con el nombre de Bolívar en los labios, sus canciones patrióticas, tomaron a París los revolucionarios de 1830.

¿Y acaso Bolívar, libertando a la América del Sur del dominio español, no ha contribuido a la futura, completa liberación de España?

Se ha hablado mucho del antiespañolismo de Bolívar juzgando por esas frases de inflamada retórica que inspiran las guerras civiles y más que civiles—*bella... plus quam civilia* que dijo otro español, Lucano—como lo fueron las de la Independencia americana. Pero ¿quien va a dar más que valor convencional y del momento a todo aquello del *feroz despotismo*, de los *cruels españoles*, *bandas de tártaros* y otras explosiones retóricas, propias de proclamas?

Cuando yo era muchacho, en plena guerra civil, y mientras nos bombardeaban los carlistas, se cantaban en mi pueblo, Bilbao, unos cantares en que se les llamaba nada menos que... *¡icaribes y fariseos!* Y ¿quién ha de hacer caso cuando en una carta dice Bolívar: «Más grande es el odio que nos ha inspirado la península que el mar que nos separa de ella; menos difícil es unir los dos continentes que reconciliar los espíritus de ambos países?» ¡Retórica, retórica, retórica! ¡Y más retórica cuando él, Bolívar, el puro descendiente de españoles, de origen vasco, nos habla de haber roto las cadenas que había remachado Pizarro a los hijos de Manco-Capac!

Una vez oí a un español culpar a los cubanos de ingratos por haberse separado políticamente de España. añadiendo: «¡Después que descubrimos, conquistamos y poblamos aquello...!» ¿Nosotros?—le contesté—; ¡será usted, que yo por lo menos no! No recuerdo haberlo descubierto, conquistado ni poblado. «Nosotros precisamente no—me replicó—pero nuestros padres.» «Los de ellos más bien»—le retruqué.

Mejor que nadie acaso conocía a Bolívar su más noble contendor—que no fué el Virrey Sámano, ni el Virrey Montalvo, ni el Virrey La Serna, ni el francés Canterac—sino el general español don Pablo Morillo, y decía de él: «Tiene de su noble estirpe española rasgos y cualidades que le hacen muy superior a cuanto le rodea». Y, sin duda, muy superior a los que llevarán sangre de Manco-Capac, a cuyos hijos remachó las cadenas Pizarro, aquel Pizarro mucho más hermano de Bolívar que el inca.

Ya se quejaba Bolívar de que en la guerra de América hubiesen muerto tantos españoles: «porque son ellos—agregaba—los que debían poblar y civilizar nuestros desiertos». (*Memorias del Libertador Simón Bolívar*, por el general T. C. de Mosquera).

Otra vez puso en un documento las siguientes o parecidas palabras:

«No confundamos al Gobierno de España con los españoles. Hagamos la guerra al uno, no a los otros».

Y ¿no fué Bolívar, en cuyas venas corría sangre quijotesca, quién escribió: «Es nuestra ambición ofrecer a los españoles una segunda patria, pero erguida, no abrumada de cadenas»? Esto se lo decía al Rey Fernando VII, desde Bogotá, en 1821. Cincuenta y dos años más tarde, en 1873, otro grande héroe americano—el más grande acaso de sus héroes por el pensamiento—, Domingo Faustino Sarmiento, el argentino, en su célebre discurso de la Bandera decía, o más bien declamaba, quijotesco también: «¡Habrà patria y tierra, libertad y trabajo para los españoles, cuando en masa vengan a pedirnosla como una deuda!»

Y tengo que decir de Bolívar lo que de Sarmiento he dicho y repetido, y es que nunca se me aparece más español que cuando habla o parece hablar mal de España... ¡en español! No. Don Quijote nunca puede hablar mal de España, aunque maldiga de los españoles.

Su estilo mismo, el de Bolívar, era un estilo quijotesco, algo enfático, muy español, entre gongorino y conceptuoso, aunque con evidente influencia de los escritores franceses de fines del siglo XVIII. ¿Quién no se ha detenido ante las frases de sus discursos y proclamas? Urgiendo, al principio de la revolución, por que se declarase la independencia, pregunta: «¡Que los grandes proyectos deben prepararse en calma! Trescientos años de calma, ¿no bastan? ¿Se quieren otros trescientos todavía?» Y en otras partes dice: «Creado el nuevo mundo bajo el fatal imperio de la servidumbre, no ha podido arrancarse las cadenas sin despedazar sus miembros!» «...éramos ciegos: los golpes nos han abierto los ojos...» «¡Soldados! Centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo.» Y otras cien frases así.

Era un hombre, todo un hombre, un hombre, entero y verdadero, que vale más que ser sobrehombre, que ser semidiós—todo lo semi o a medias es malo y ser semidiós equivale a ser semihombre—; era un hombre éste maestro en el arte de la guerra, en el de crear patrias y en el hablar al corazón de sus hermanos, que no catedrático de la ciencia de la milicia, ni de la ciencia política, ni de literatura. Era un hombre; era el Hombre encarnado. Tenía un alma y su alma era de todos y su alma creó patrias y enriqueció el Alma Española, el alma eterna de la España inmortal y de la Humanidad con ella.

En materia de interés o de intereses allá se las iban Don Quijote y Bolívar. Don Quijote no llevaba consigo blanca, ni se preocupaba de ello, porque «él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno las hubiese traído». (Cap. III). Bolívar dice: «yo no quiero saber lo que se gasta en mi casa»; y como era millonario y manirroto, y como sus verdaderos intereses no eran acunables, gasta en poco tiempo, en Lima, ocho mil duros en agua de Colonia; sostiene en Madrid «tren de príncipe», derrocha en Londres «ciento cincuenta mil francos en tres meses», regala sus alhajas a don Fernando Peñalver para que se remedie la miseria, declara libres, de un golpe, en su hacienda de San Mateo, a mil esclavos negros, que le representaban un valor de más de doscientos cincuenta mil duros, y renuncia los millones en metálico que decreta para él la gratitud de los pueblos.

No. Los servicios de un Don Quijote no pueden ser pagados con dinero. Pero para renunciar a millones, en pleno siglo XIX, se

necesita ser un Don Quijote de buena ley, genuino. Washington, que no lo era, aceptaba por eso las modestas dávidas de su país.

La idea de la Justicia o la justicia misma era muy semejante en uno y otro Caballero.

En mi *Vida de Don Quijote y Sancho*, cap. XXII, he escrito:

«Don Quijote castigaba, es cierto; pero castigaba como castigan Dios y la Naturaleza, inmediatamente, cual en naturalísima consecuencia del pecado.»

Así Bolívar. Fusiló a propios y a extraños, pero jamás con ensañamiento. Su justicia, como la de Don Quijote, era rápida y ejecutiva. Boves lo derrota en La Puerta, y hace una carnicería de las suyas: Bolívar fusila inmediatamente ochocientos prisioneros; Piar, su teniente, se insubordina, huye del ejército y trastorna el orden, en momentos angustiosos: Bolívar lo hace aprehender, juzgar y fusilar. Lo propio hizo con Berindoaga, ministro de guerra y traidor, en Perú. Lo mismo con Vanoni, el único de los realistas vencidos, a quien fusiló en el campo de Boyacá, en 1819, porque siendo oficial suyo lo había traicionado en 1812, haciéndole perder el castillo de Puerto Cabello. «La justicia sola es la que conserva la República», decía. (*Cartas del Libertador*: O'Leary, vol. XXX).

Conviene leer, en la edición comentada que de las *Cartas de Bolívar* (1799-1822) ha hecho Rufino Blanco Fombona lo que dice éste de la guerra a muerte decretada por Bolívar en 1813. No es la crueldad fría de los corazones felinamente tiernos, débiles; es el rugido de desesperación y dolor de los corazones generosos pero recios.

El mismo Blanco-Fombona ha escrito que los reveses hacían temible a Bolívar, y que con el éxito se hacía magnánimo. Así es la verdad.

Recuérdese aquella noble respuesta de Bolívar al general Salom que sitiaba El Callao, donde se defendía heroicamente el heroico general español Rodil, aquel mismo Rodil que fué luego, en España, presidente del Consejo de ministros y uno de los pacificadores de las Vascongadas. Salom, desesperado con la resistencia, amenazaba, en carta a Bolívar, a los defensores del Callao. El Libertador le responde: «El heroísmo no es digno de castigo. ¡Cuánto aplaudiríamos a Rodil si fuera patriota! La generosidad sienta muy bien al vencedor, general.» (O'Leary, vol. XXX).

Apedreado y robado por Ginés de Pasamonte y demás galeotes a quienes libertara en Sierra Morena, Don Quijote, algo pesaroso, dijo: «el hacer bien a villanos es echar agua en el mar.»

Algo semejante ocurrió a Bolívar y consideración semejante hizo. Insultado, calumniado, atropellado, proscrito por aquellos mismos pueblos que libertara, exclamó: «he arado en el mar.» Sólo que uno y otro idealista, el manchego y el caraqueño, reinciden en su fe quijotesca a pesar de las tristes realidades.

Un hombre así suele culminar en su religión. ¿Cuál fué la de Bolívar? He aquí el problema más oscuro de su vida. Su religión fué su obra, fué su quijotismo.

Hijo del siglo XVIII, pensó en religión como entonces se pensaba en ella; pero ¿cómo la sintió? En el *Diario de Bucaramanga* se nos dice que Voltaire era el autor favorito del Libertador y se nos exponen las ideas filosóficas, o pseudofilosóficas de él respecto a religión, unas ideas, a base condillaciana, de una desesperante superficialidad. Y como buen vol-

teriano, distinguía entre el hombre y el ciudadano. Él, en cuanto ciudadano, y para dar el ejemplo, iba a misa, pero llevando para leer en ella un tomo de la Biblioteca americana, sin persignarse, y sólo por ciudadanía al modo pagano. «Soy filósofo para mí solo o para unos pocos amigos y sacerdote para el vulgo»—decía con la única pedantería que he encontrado en él y es cuando de religión hablaba. Porque su volterianismo era pedantería. Mas no se le iría, sin él saberlo, el alma toda religiosa en aquella frase con que termina su proclamada desde el Cuartel general de Bogotá, a 8 de Marzo de 1820, 10.º de la Independencia, y donde dice: «¡Viva el Dios de Colombia!» Por ahí, por el Dios de la patria, habría hallado su religión. Porque Dios no es dios de individuos, lo es de pueblos; el Dios de las batallas es Dios de patrias.

El cristianismo que se gastaba a fines del siglo XVIII y principios del XIX, cristianismo muy imbuído en racionalismo enciclopédico y no menos frío y seco que éste, no podía satisfacer a un alma como la de Bolívar. Y además para el Libertador la acción fué pensamiento.

Ni Bolívar, como los incrédulos faltos de imaginación y sobrados de petulancia pedantesca, cayó en cientificismo. Se burlaba no sólo del doctor Moor, sino de la ciencia médica. Don Simón Rodríguez, que «sólo amaba las ciencias», no logró contagiarse; no lo logró aquel su pedagogo, que en un gabinete de física y química de un alemán se ocupaba en estudios y que hablaba, en alemán, con su amigo tudesco mientras Bolívar, el pupilo, yacía enfermo en cama. Don Simón Rodríguez quiere convencer a Bolívar de que en la vida hay otra cosa que el amor—el héroe había enviudado ya—, que podía ser muy feliz entregándose a las ciencias o a la ambición. «¡Ah, Rodríguez, prefiero morir!»—exclama Bolívar. (*Cartas*, pág. 42). ¡Tenía veintiún años!

Luego se entregó a la ambición, a la más noble, el amor a Dulcinea, no a la ciencia, y por no haberse «dedicado exclusivamente al estudio profesó sobre religión las doctrinas entonces corrientes entre los de su clase y su educación. Mas no nos importa cómo pensó la religión, sino cómo la sintió, cómo sintió la religión quijotesca del Dios de Colombia.

Bolívar, hombre de ideas y de ideales, tuvo conciencia clara de su alta misión quijotesca, de su función de libertador. Amenudo lo demostró. En solemne ocasión—creo que intentaba expediciones, en son de liberación, contra las Filipinas—dijo, más o menos: «Mi deber es sacar siempre la espada por la justicia y luchar donde haya pueblos esclavos que defender». Otra vez, en ocasión más solemne aún—porque fué en el trance de la muerte—, una de sus últimas y desconsoladas frases fué la siguiente, ya citada: «Los tres más grandes majaderos de la Historia hemos sido Jesucristo, Don Quijote... y yo». Se ponía entre los redentores.

Tal fué el Hombre de la América Española.

De sus visiones proféticas, de lo que hizo por la apertura del Canal de Panamá, por el Arbitraje Internacional, por el Derecho Público Americano; de lo que dijo sobre el porvenir de los pueblos del Nuevo Mundo y sobre su democracia, nada comentaré aquí. Eso per-

tenece a otro campo que el que aquí me he acotado.

Baste sólo decir que algunos de aquellos pueblos que empezó a forjar Bolívar, algunas de aquellas patrias que surgieron al golpe de su espada y al conjuro de su voz inflamada aún andan buscando alma, aún buscan aquellos bienes que ni al precio de la independencia deben ser vendidos. Y para esos pueblos aprendices indóciles de libertad, aun las palabras del Libertador son una enseñanza, son palabras libertadoras. Y pueden serlo para nosotros, los españoles. Nuestros más generosos héroes de la libertad, los que lucharon por ella desde Cádiz y luego bajo el horrendo reinado del abyecto Fernando VII, aquellos héroes no superados por los liberales españoles de tiempos más próximos al nuestro, por liberales de engaño, aquellos nobilísimos doceañistas y sus inmediatos sucesores convivieron con Bolívar y con él se hicieron. ¿No os parece el mismo Bolívar un héroe doceañista, el verdadero héroe del doceañismo? ¡A él, al Libertador de la América española del Sur, debe mucho, muchísimo el liberalismo español. Y no me cabe duda de que nuestros buenos liberales, los de los tiempos en que nacía la España nueva, que tanto tarda en levantarse de la cuna y dejar las mantillas, no me cabe duda de que aquellos españoles rendían culto, bien que secreto, al Libertador. Los diplomáticos extranjeros en Madrid transmitían a sus Gobiernos conversaciones con personajes de la época que patentizan la admiración que inspiraba Bolívar, como Napoleón, hasta a sus enemigos.

Entre las cartas más lisonjeras que se dirigieron a Bolívar, lisonjeras por venir sobre todo de sus adversarios los más altivos, cuentan las del general La Torre, las del general Morillo y de otros militares españoles que pelearon contra él aquella formidable guerra de América, tan mal estudiada en España. El general Canterac, a quien un motín militar asesinó cerca de la Puerta del Sol, el 18 de Enero de 1835, siendo capitán general de Madrid; el general Canterac, derrotado por Bolívar en la batalla de Junín, y luego, junto con La Serna, en Ayacucho, escribió al Libertador, en nombre de los generales españoles, la siguiente carta:

«Huamanga, 12 de Diciembre de 1824. Excelentísimo señor Libertador, general don Simón Bolívar.

Como amante de la gloria, aunque vencido, no puedo menos que felicitar a vuestra excelencia por haber terminado su empresa en el Perú con la jornada de Ayacucho. Con este motivo, tiene el honor de ofrecerse a sus órdenes y saludarle en nombre de los generales españoles, éste su afectísimo y obsecuente servidor, q. b. s. m., José de Canterac».

Y gracias a Dios que hemos llegado a tiempos en que un español, sin renegar de su españolidad, sino más bien afirmándola más aún, puede rendir culto, y culto patriótico, de la gran patria, lo mismo que a ese colosal Bolívar, a un Martí, a un Rizal.

Mi intención ha sido demostrar, en rápida fulguración, con frases del mismo Bolívar, al Hombre español, al Quijote de la América hispana libertada, a uno de los más grandes héroes en que ha encarnado el alma inmortal de la Hispania máxima, miembro espiritual sin el que la Humanidad quedaría incompleta.

Miguel de Unamuno

Salamanca, XII-14.

LA llama viva de don Manuel B. Cossío dejará de arder por imperativo de la ley allí donde, oficialmente, ha alumbrado y encendido almas por espacio de más de cuarenta años; y en su virtud, el Museo Pedagógico Nacional, creado material y espiritualmente por él, una vez ausente su fundador, quedará vibrando por obra y gracia de las inquietudes de que se impregnara aquel sereno ambiente. El Maestro, anciano y con el corazón y la cabeza juveniles, retorna al hogar pristino, a la *Institución Libre de Enseñanza*, donde desde su mocedad ha ido abriendo, conjuntamente con don Francisco Giner, el surco por donde ambicionaba que discurriese la sensibilidad de nuestro pueblo.

Si hubiésemos de esclarecer cuál es el punto en que el señor Cossío se sitúa cuando contempla y enjuicia la cultura, e inquiriésemos sobre la jerarquía de valores que construye su espíritu con objeto de ordenar lo real e ideal, hallaríamos una explicación conjunta de su aparente dualidad vocacional: Arte y Pedagogía. Ambas se resuelven para él en unidad: teóricamente consideradas, porque son dos modalidades de un mismo tema metafísico; prácticamente apreciadas, porque ambas apuntan al mismo blanco: formar el hombre.

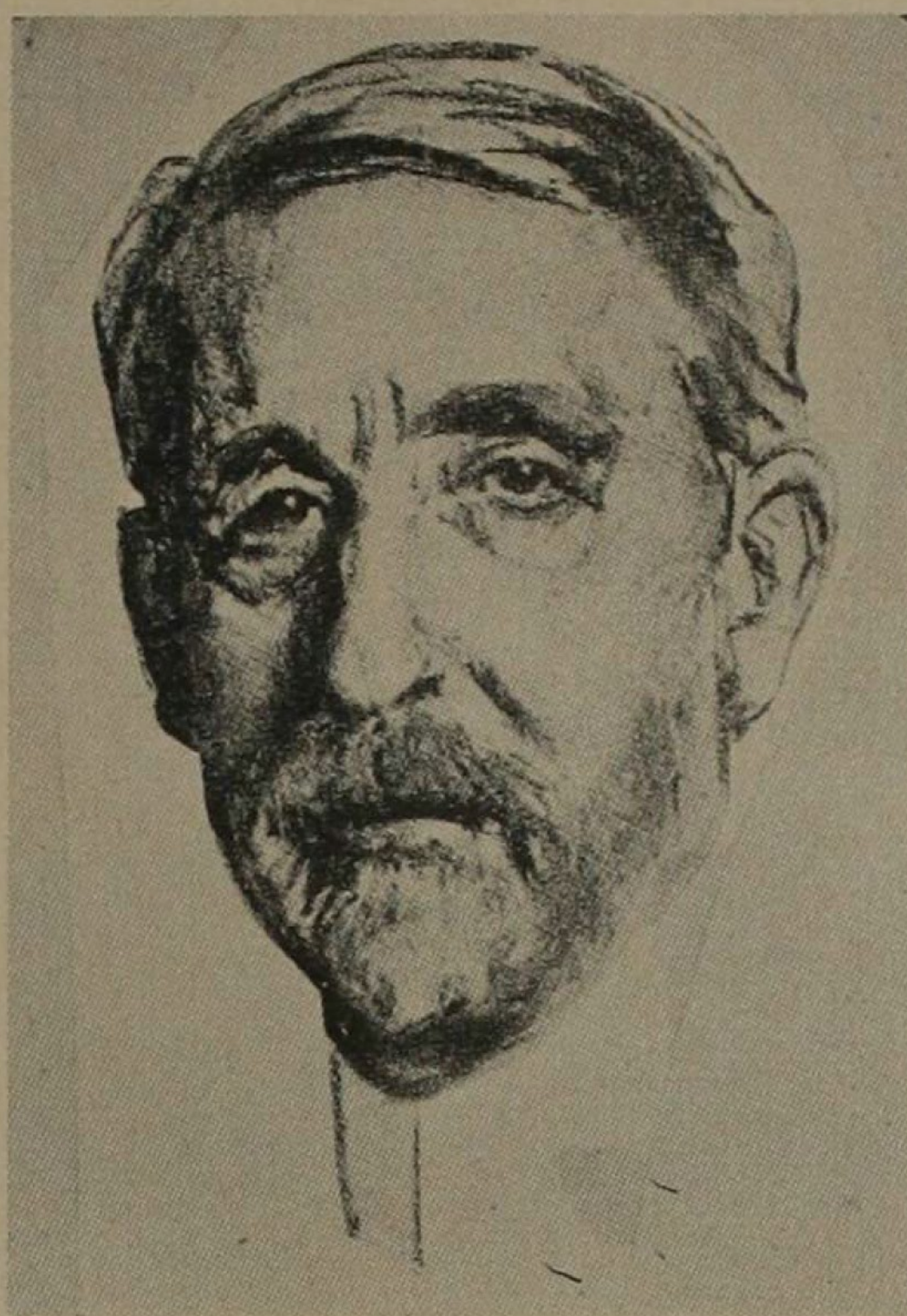
No se olvide la progenie romántico-krausista del señor Cossío; a consecuencia de ello, la unidad orgánica del *yo* real con sus propiedades internas y sus cualidades, esto es, cuanto atañe a la unidad subjetiva, a este hombre vivo que entre nosotros se manifiesta, corresponde al orbe científico, que se llama en el sistema de Krause la «Analítica»; mas cuando a esa unidad intentamos darle un carácter esencial, y consideramos su querer, su conocer, su sentir, como propiedades no ya de mi espíritu sino del espíritu, entonces rebasamos las líneas del orbe subjetivo y estamos pugnando por entrar en el mundo del ser subjetivo, del ser uno, de la esencia una, del organismo de la esencia, lo que equivale a decir de la «Sintética», de la «Metafísica». He ahí el plano en que sitúa su pensamiento el ex-director del Museo Pedagógico.

Por razones de limitación, no podemos partir sino de este hombre de carne y hueso que palpamos y vemos; pero en la obra de ascensión permanente a que debemos aspirar ha de estar siempre presente la esencia del ser absoluto, Dios, al cual buscamos en nosotros, seguros de hallarle y ser en Él. ¡Cuán verdad es lo que Unamuno ha visto con acuidad genial a propósito de Krause y su escuela en España! La huella del pietismo en este pensador hizo fácil su enraizamiento en la España heterodoxa, pero hondamente estimulada por la emoción religiosa de la vida.

Y henos de nuevo ante el

Una vida luminosa

= De Revista de Escuelas Normales. Cuenca, España =



Manuel B. Cossío

Dibujo de Oroz

Cossío

Algunos discípulos fervorosos de don Manuel B. Cossío han publicado un libro en honor al maestro; en un elegante volumen, han reunido trabajos cortos y fragmentos de las obras de Cossío; De su jornada, se titula el volumen, y como arriba pone *Manuel B Cossío*, no sabemos, al pronto, de qué jornada nos va a hablar el maestro, jornada que, puesta la portada en esta forma, no parecía ser la del propio Cossío. La escogitación de los trabajos está hecha con tino; vamos recorriendo estas páginas, tan finas, tan sutiles, tan amorosas, con honda delectación. Y a medida que vamos avanzando en la lectura, nos vamos planteando un problema, que quisiéramos dilucidar. Don Manuel B. Cossío es hoy el continuador de don Francisco Giner; representa Cossío el espíritu de la *Institución Libre de Enseñanza*. Muchas veces hemos meditado sobre lo que representa, en la moderna sociedad española, este noble Instituto. Desearíamos ahora, en cuatro palabras, resumir nuestro pensamiento sobre este punto de historia ideológica de nuestra Patria.

Una nota de universalidad y otra nota de españolismo: de tal modo podemos resumir nuestra impresión respecto del espíritu de la *Institución Libre*. Giner ha encarnado este doble matiz, lo encarna ahora Cossío. Como dos ríos que han seguido su curso y en un determinado punto han confluído, así la nota de españolismo y la nota de universalidad—que se habían creado en la conciencia española—han llegado a un paraje, en que se han unido y han determinado este espíritu de la *Institución*, que ha simbolizado Giner y al presente encarna Cossío. Nota de españolismo: la de don Fernando de Castro; Fernando de Castro, clérigo, catedrático de Historia general en la Universidad de Madrid. Su más importante trabajo es el discurso en que estudia los caracteres de la Iglesia en España. Trata en ese estudio de hacer ver, entre otras cosas, la modalidad especial que, gracias a los escritores religiosos, ha adquirido en nuestro país la ética. Cosa profundamente española este concepto de la moral y, en general, de la vida. Castro cita las siguientes palabras de fray Luis de Granada:

«Y cuando alguna vez le fuere necesario tratar cosas del mundo, óyalas, como dicen, a media rienda, sin dejar pegar el corazón a ellas... Si esto le parece mucho, acuérdesse que siempre han de ser mayores los propósitos y los deseos que las obras, y, por tanto, el propósito ha de ser este, y la obra donde más pudiere».

Donde más pudiere, subrayado por Castro: y en esas palabras está toda la doctrina del autor, y más tarde de Giner. Don Fernando añade poco después:

(Pasa a la página 122)

pedagogo e historiador del arte, ante el maestro español: Pedagogía y Arte se hermanan en él, van por la misma senda. ¿Cuál es pues el problema de la Pedagogía? Al contestar a esta pregunta muéstranos en toda su desnudez el antiintelectualismo del señor Cossío, o mejor dicho, el valor secundario que otorga a toda la obra estrictamente intelectualista de la enseñanza. Tal actitud, hoy generalizada en la Pedagogía más despierta y vigilante, era insólita hace cuarenta años cuando don Francisco Giner y con él, en la vanguardia, este su discípulo amado, hijo de su espíritu, combatían la concepción de la enseñanza como obra de instrucción, como esfuerzo por dotar de un contenido de saber al educando. Para el maestro que hoy se jubila, el problema de la Pedagogía consiste en potenciar las posibilidades de cada individuo, en abrir vías interiores que permitan descubrir lo mejor de sí mismo, a fin de que, el *yo* empírico, relativo, contingente, se ponga en la *diritta via*, o sea en la que sublimiza y eleva cotidianamente al hombre al impulsarle hacia lo absoluto.

¡Despertar en cada cual las fuerzas creadoras! He ahí el imperativo del educador, o lo que es lo mismo: suscitar el interés por el mundo circundante hasta lograr que para el niño no haya un punto muerto en cuanto le rodea, sino, antes bien, que se sienta asaeteado por la curiosidad creciente de todo lo que le envuelve. Sobre ese foco vivo de anhelo y ansia interrogativa, y sobre una fina y depurada disposición subjetiva para la observación y el análisis, es posible únicamente formar el hombre; tal es la obra del Pedagogo. Lo demás, el contenido, ha de ser el resultado de una obra personal, el efecto del aporte diario de esa curiosidad que acuciada por estímulos internos se ve impelida hacia el fin supremo de hacer más y más hombre al hombre. Y en la escuela, en la escuela primaria, está para el señor Cossío el hombre; el que más importa, no el hombre sabio, no el matemático, ni el físico, sino el hombre en su unidad universal e incipiente; cuando balbucea su espíritu, cuando encierra en su alma como larvas enigmáticas los gérmenes de todo futuro, el hombre uno, en un momento de la vida, en el momento inicial. ¡Con qué fuego ha defendido siempre don Manuel Cossío esta prominente función del Maestro! ¡Con qué vigor de acento ha estimulado a aquellos a quienes exaltaba a que adquiriesen conciencia de la misión cultural que les corresponde realizar...!

Mas si el problema del Pedagogo consiste a la postre en despertar la sensibilidad del niño, ¿cómo lograr tal empeño? He aquí la vía por donde la Estética penetra en la obra de la acción educativa para el gran educador

español. Si estas cuartillas tuviesen un fin ambicioso, no podría permitirse el autor de ellas, una somera indicación de ideas; empero, como el propósito que abraza quien las redacta es simplemente atraer la atención de un grupo de estudiosos hacia el mundo de problemas en que se ha desenvuelto y vive la concepción cultural de nuestro maestro querido, basta para su empeño un simple esbozo de cuestiones.

El análisis de la visión pedagógica de don Manuel Cossío debería llevarnos a establecer un paralelismo entre su doctrina y la del grupo más renovador de educadores actuales; ¡cuán fecundo sería ello! El estudio de la forma como concibe él la función cultural y educativa del arte nos obligaría en cambio a estudiar su filiación en Schiller. Llegado a este punto habría que subrayar la relevante personalidad del discípulo dilecto de don Francisco Giner en el pensamiento moderno; ningún otro Pedagogo ha visto con la profundidad que él la peculiar función educadora del arte: depurar, dar exquisitez a la sensibilidad. Es más, cuando se estudien las analogías y diferencias entre el maestro y el discípulo, entre don Francisco Giner y el señor Cossío habrá necesidad de ahondar en el análisis de esa gran cuestión, pues si el primero subrayó especialmente la finalidad ético-humana de la enseñanza, el segundo acentúa que una honda educación estética es el medio mejor de alcanzar esa finalidad; su divisa es *Poesía y Realidad*, pero asignando a la primera la misión de engrandecer espiritualmente la segunda, ya que la Poesía es la que permite extraer el jugo luminoso de las cosas.

Así como en *El Banquete* de Platón, Eros, el amor a la belleza, es el centro de la vida, así en la concepción de nuestro encendido y venerado educador, aparece dotada la sensibilidad para lo bello de la virtud generativa del hombre. Si hubiésemos de aprisionar en leves palabras la síntesis del pensar del Maestro, diríamos: por la estética a la formación del hombre, ya que ella es la que suscita ese íntimo temblor que nos pone en condiciones de apetecer y gozar los más refinados, humildes y exquisitos temas de la vida; pero... en el centro nuclear de la conciencia del hombre, la emoción prometeica de la rebeldía, que es la que nos hace autores de nosotros mismos, creadores de nuestras almas, escultores de la propia personalidad.

Mas el amor a Prometeo está comparado; ¿con quién? Los que hayan gozado del placer íntimo de contemplar un cuadro, un paisaje, una catedral o una vieja ciudad de nuestra Castilla acompañados por el señor Cossío, habrán advertido la presteza con que se han visto obligados a traspasar el plano aparente de lo observado y la mágica habilidad con que han sido conducidos a la contemplación del mundo espiritual de valores que el maestro descubre inmediatamente detrás del fenómeno observado. Y ese es el momento en que el señor Cossío desnuda su alma enamorada de Dionisos o la pasión y nos revela cómo y por qué ha influido e influye tan hondamente sobre cuantos tienen la dicha de vivir en comunicación con su alma, siempre alimentada, como la de todo espíritu egregio, por una fresca corriente de emociones renovadas.

institución. La reciente simpleza movida por empresarios norteamericanos, fenicios husmeadores del dólar, para señalar la muchacha de mejor rostro, de mejores ojos, de mejores caderas, de mejores pantorrillas, de mejores andares que se acomode al *standard* de belleza de la agencia mercantil, ha revelado no una divinidad, sino la faz engañosa de la leyenda. ¿En dónde ese tipo de mujer costarricense que siquiera sirva para lucir en los concursos *estandarizados* del mercado norteamericano? Es que nos hemos venido engañando con la belleza común de nuestras mujeres. Claro es que el troquel yanqui no nos enviará una Venus resplandeciente, pero es un troquel al fin.

Ah! y qué sería del país si otra agencia promoviera el concurso para destacar al *Mister Costa Rica* de entre las juventudes o de entre las maduresces. Cómo caerían sin estruendo, porque ni para eso hay volumen, nuestras leyendas masculinas.

Mas, si no queremos engañarnos con el deleite de esas leyendas, tampoco queremos pasar por nuestro cernidor solo el aura sombría. Aspiramos a que en el país no se malogren las generaciones, para que impriman ellas un rumbo, para que se agiten movidas por su espíritu fecundo, para que no den esa sensación de duna que advierte al instante quien por entre ellas pase anheloso el pensamiento. La juventud se rebela, está atenta, inquiere, cuida su cuerpo, piensa y no se subordina nunca. Y por sobre todas esas virtudes, cuida la que es primordial: la del estudio. Pensando en ella ha sido que hemos traído a Ruskin. Los jóvenes de nuestro país deben buscar la compañía de ese gran animador del entendimiento. Y deben, leyéndolo, leyendo al menos su guía para el lector, internarse en el mundo de sabiduría venida de la antigüedad. Hay allí inspiraciones que perduran de siglo en siglo con idéntico torrente de enseñanza. Los hombres que nos las dieron penetraron en el fuego eterno que anima al hombre de todas las edades. Por eso los jóvenes no han de desdenarlas y mucho menos ignorarlas. Nosotros hemos hecho de ellas fuente constante de nuestras reflexiones. Cuánto bien hemos recibido.

La falta de juventud del país ha ido creando ese profundo estado de indiferencia con que hombres y mujeres ven los sucesos de todo orden. Cuando alguien hace de ese estado un juicio sangriento, afirma que al costarricense sólo lo obligan a mostrar los dientes dos cosas: una, que le toquen el bolsillo; otra, que le den palo. Es, desde luego, el juicio despiadado, pero ya empieza a ser fácil su circulación. Por eso es preciso que se profile la juventud. Mientras las generaciones se sucedan como a través de un proyector de cinematógrafo, la indiferencia por los grandes y por los mínimos valores del país irá creciendo indefinidamente. ¿Y cuál es el resultado de esa indiferencia? Una inclinación fatal hacia la pendiente de la ruina de todas nuestras instituciones superiores.

En esa sabiduría que tanto recomendamos a los jóvenes, encontramos un

Fernando de los Ríos

Estampas

Al pensar en los jóvenes... y el amor al estudio

DE la sabiduría antigua tenemos mucho que aprender. Las generaciones jóvenes no pueden formarse juiciosas y austeras sin convertir aquellas enseñanzas eternas en un refugio del espíritu. Y al pensar en los jóvenes tenemos la atención puesta en los de nuestro país. A ellos circunscribimos nuestra exhortación para que adquieran el amor por la lectura. Si un consejo estamos obligados a acatar, oigamos el de Ruskin. Está escrito con fervor. En el ensayo *Los tesoros de los Reyes* nos dice cómo leer para encontrar en las páginas dignas de perdurar por su sabiduría, el sentido real de la fuerza creadora que las nutre. Busquen los jóvenes de nuestro país a Ruskin. Y síganlo como a maestro. Enseña a vivir con dignidad, a sentirse relacionado con el mundo por poderes que no tienen su origen en la mugre sino en una luz que se irradia tan luminosa y pura como la de las constelaciones de lo alto. Y los jóvenes de nuestro país tienen que aparecer, hay urgencia de que se profile una generación fuerte. ¿Qué arruina sin piedad la vitalidad para la creación siempre as-

cendente de una nación sino su ausencia de juventud? Y nosotros vamos por un atajo ruinoso precipitadamente. No queremos engañarnos. Es usual vivir aquí de la leyenda. Nos dicen o se nos ocurre decir, que la Educación ocupa siempre la vanguardia y nos entregamos a la leyenda de que en nada precisa mejorarla y que de ella pueden venir a recoger modelos los demás pueblos. Nos dicen o lo decimos en un paseo campestre, o en cualquiera de los entretenimientos con que saboreamos la vida, que nuestras mujeres son las más bellas del mundo, y pegamos los labios a chupar el dulzor de esa pulidísima leyenda. Nos dicen, o lo decimos en los corrillos de las esquinas, que nuestros jóvenes son talentos que se imponen a todos los estudiantes de las universidades extranjeras, y nos colocamos la insignia de la leyenda de que no hay nada más allá. Pero todo es leyenda, porque nuestras gentes están adormiladas, esperando que los juicios se los den hechos los hombres de quienes han hecho también leyenda, la leyenda de que sin ellos no puede crecer ninguna

ejemplo saludable en una de las leyes con que Solón puso a gobernarse al pueblo ateniense. Esa ley «disponía que fuese notado de infamia el que en una sedición no hubiera sido de ninguno de los dos partidos.» Y añade el comentarista: «Era su objeto, según parece, que ninguno fuese indiferente o insensible a las cosas públicas, poniendo en seguridad las suyas propias y lisonjeándose de no padecer y sufrir con la patria, sino que desde luego se agregara a las que sentía mejor y con más justificación, y les diera auxilio, corriendo a su lado, en lugar de esperar tranquilamente a ver quien vencía.»

¿Qué mengua de la honra traía al ateniense la pena de infamia? En la severidad de Solón debió encontrar tal anatema una fuerza avasalladora. El sabio estaba modelando la conciencia de un pueblo y a su genio no se escapaba ningún detalle que librara su obra de la estructura vidriosa. El ciudadano tenía que definirse, porque esta actitud lo llena de virilidad y lo impulsa a la batalla. La ley sigue siendo ejemplar, inconvencional a través de los tiempos,

Y es que la naturaleza humana también sigue inconvencional siglo a siglo. La indiferencia que el legislador quiso matar en los atenienses sigue en los hombres de nuestros días llena de los mismos males que la hicieron merecedora de la pena de infamia. Nuestros hombres y nuestras mujeres no tienen intereses en las cosas públicas. Para ellos lo mismo da que se resuelvan de un modo o de otro, siempre que, como asegura el juicio cruel, no dañen el bolsillo o impongan opresión corporal. Y esto es tradicional. ¿No dicen acaso los historiadores que para asumir nuestra condición de pueblo libre esperamos a que

«se disiparan los nublados del día?» Y esto que no teníamos otra batalla que dar, que la de firmar el acta de independencia. Pues todavía miramos nuestros problemas con el espíritu del liberto sumiso y apocado. Hay que renovar el Congreso y dejamos que la tarea la atropellen los politicastros. Los más aguardamos a que los nublados del día se disipen, metidos en las casas hasta el momento de cerrarse la votación. Ocurre una traición militar y buscamos un sumidero desde el cual poder «ver desarrollarse los sucesos.» Caen periódicamente las mangas de las langostas que el capital organizado afuera para la conquista nos lanza, y metidos en la concha de nuestra indiferencia dejamos que acaparen energía eléctrica y rutas aéreas y regiones enteras de tierras y medios de transporte, esperando que la Providencia intervenga.

Somos seres teñidos por el mismo vicio que el ateniense condenó a la infamia. Necesitamos la ley que nos cina a tomar una determinación. Porque sin un impulso recio del espíritu por defender las cosas públicas tendremos que regresar al coloniaje. Es cierto que a más de un liberto agrada el regreso, pero esos son la escoria, y hay que hacerla a un lado. Con urgencia hay que dar la ley, ya que no es posible pensar en que la cultura obre el prodigio tan rápidamente como es preciso, que señale a hombres y a mujeres que la indiferencia por los valores de la nación recibirá la pena de traición. Solo así, nos salvamos. Todo lo esperamos de los demás. Y para ser dignos tenemos que reaccionar, enardecernos y acabar con la vergüenza de sentarnos a esperar tranquilamente el resultado de problemas que requieren el sacrificio común.

Juan del Camino

Cartago y febrero de 1930.

TESTIMONIOS

Si intelectual ha de querer decir un hombre que vive sobre todo de la inteligencia, preocupado por los problemas de la alta cultura, dedicado a la ciencia pura más bien que a sus aplicaciones, a la estética, a la lógica, a la ética, a la filosofía, entonces no hay por qué confundirlo con un hombre de carrera. Los más grandes filisteos que conozco, los más decididos odiadores de la ciencia y de la teoría están entre médicos, abogados, ingenieros, etc., etc. El poder exhibir un título académico no da derecho a pretender intelectualidad. Es más aun, conozco terribles filisteos y hasta aborrecedores de toda ciencia entre catedráticos, entre hombres cuyo oficio es enseñarla. Y se vengan de tener que hacer como que la enseñan, sin vocación ni gusto para ello, aborreciéndola. Su aparente magisterio no es más que una ganapanería.—Miguel de Unamuno. 1916.

Plebs (la plebe) y demos (el pueblo) no son términos equivalentes, como no lo son democracia y plebecia. En ambos estados

de cultura, el sufragio universal puede usarse como instrumento de la voluntad colectiva, pero sus resultados son enormemente diversos. Mientras el plebiscito engendra, verbigracia, con entusiasmo delirante, al jactancioso mandón sudamericano, el voto democrático consagra sin ruidosos alardes a Wilson o a Mac Donald.—Carlos N. Caminos.

Habría más humildad y estudio si no hubiera todas esas ilusiones de universidad y de cosas con que se engaña al público y se engañan a sí mismos, para ahorrarse la molestia de trabajar y estudiar toda la vida, que es lo que se necesita para saber algo.—Sarmiento.

¿Cómo los filisteos se inclinan a creer en el progreso metafísico! ¿Y cuán despacio se arrastró su carreta reseca, durante los pasados siglos! Hubo individuos y grupos que se elevaron a alturas asombrosas ya en los tiempos más antiguos. Pero ¿las masas...?—León Trotski.

Desde que Europa se ha civilizado de uno a otro confin, sus habitantes pueden dividirse en profesiones antes que en nacionalidades. Así, no todos los franceses, no todos los ingleses, no todos los españoles se parecen unos a otros, sino solamente a aquellos que en cada uno de estos países reciben una misma educación, hacen una misma vida. Todos sus juristas se parecen por su devoción por la forma, su pasión por el subterfugio; todos sus eruditos se parecen por su pedantería; los comerciantes, por su avaricia; los marinos, por su rudeza; los cortesanos, por su flexibilidad.—Fr. Bourgoing.

A los ingleses se les puede aplicar lo que Maquiavelo decía de los venecianos: «sus tratados de paz son más funestos para sus vecinos que el avance de sus ejércitos».—M. Gilbert de Merhiac.

En lo que se refiere a la fe de los españoles en la religión católica, hay que decir que la devoción no fué óbice para que Carlos III, en 1776, tratase despiadadamente a los jesuitas. Traíanlos a Cartagena, no lejos de Cádiz, de todos los extremos de España, en carretas. Durante el camino sufrieron las necesidades más horribles: nadie quería recibirlos, y muchos de ellos perecieron. Desde aquí los enviaban derechitos al Padre Santo, a los dominios del Vaticano. Los fines del muy católico Gobierno español eran robar las riquezas de la Orden. La devoción, lo mismo que la mansedumbre, terminan donde empiezan los intereses.—León Trotski.

Acerca del Perú, y en 1893:

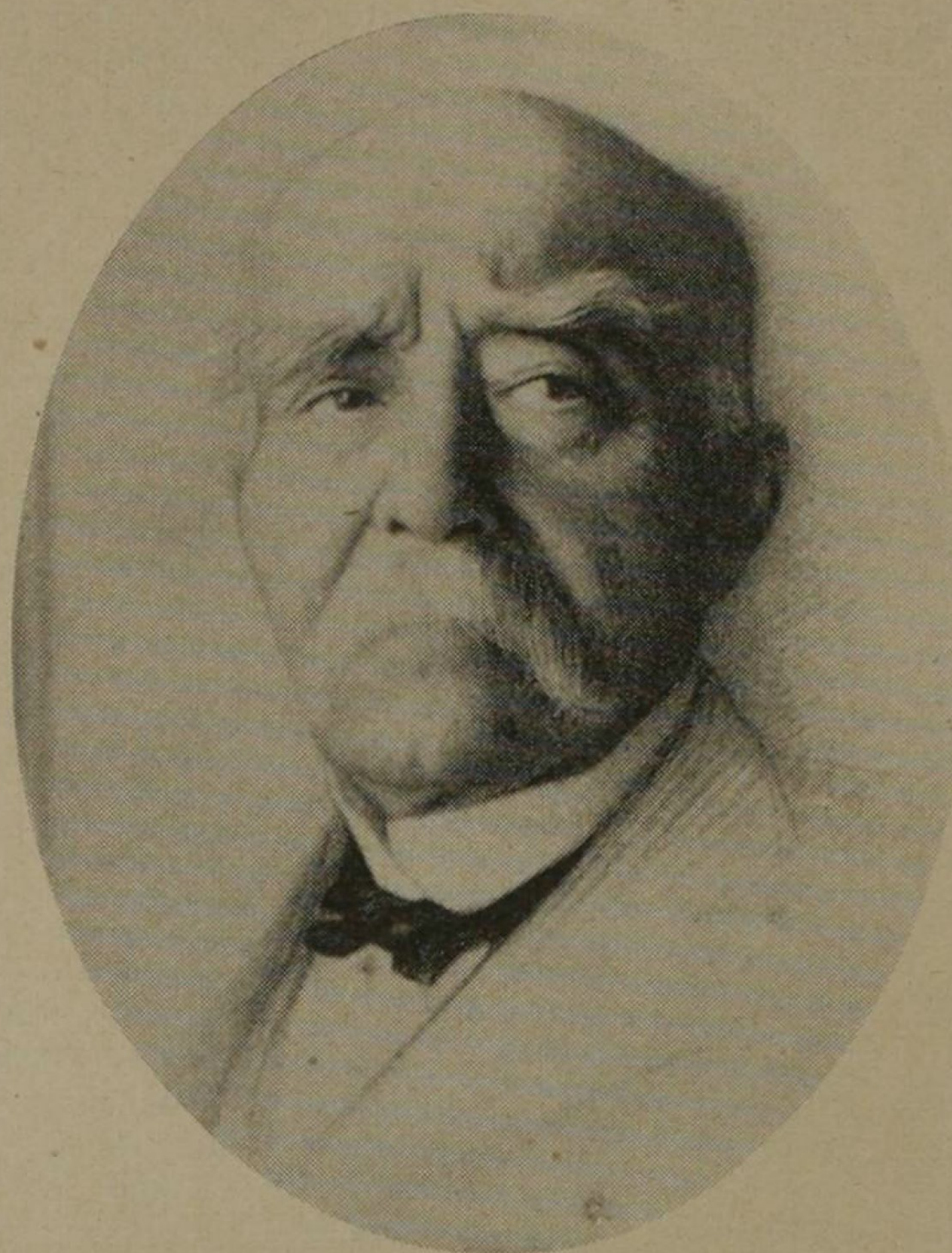
... Pero la guerra no ha quitado definitivamente al Perú sino la salitreras de Tarapacá, que no representaban, lo mismo que ahora, sino la plétora perniciosa y malsana para el fisco nacional: es decir, los medios de fomentar la corrupción política en sus peores formas.

... La importación total durante el año de 1891 ha sido de 15 millones de soles, y la exportación de 12 millones: la diferencia se salda con liquidaciones, ventas, hipotecas usurarias. El presupuesto de la administración alcanza a 7 millones de soles, merced a un sistema de impuestos agobiador para las escasas fuerzas del país: supera la mitad de la exportación nacional. Hace poco menos de veinte años que, por vía de empréstitos, acciones y empeños, los gobiernos sucesivos han enajenado las fuentes de recursos más valiosas del Perú. Los mismos pastores han abierto las puertas del redil a los lobos de afuera. Algunos gobernantes han recogido, en esas pobres cajas semivacias, fortunas escandalosas. En la actualidad, la suerte del Perú está fluctuando entre el exdictador Piérola, que entregó a Lima y enriqueció a Dreyfus, y el general Cáceres que perdió la última batalla y cedió a Grace los ferrocarriles y las minas del Cerro de Pasco. Este candidato es impopular en Lima y tiene en contra suya al Congreso; pero será elegido porque no existen en el Perú ni partidos organizados, ni elecciones, ni convenciones, ni cosa alguna que se parezca a vida política: nada que no sea la vegetabilidad inconsciente e inerte de las grandes postraciones.—Paul Groussac.

(Del Plata al Niágara, Buenos Aires, 1925)

Un rey de hombres: Georges Clemenceau

=De Caras y Caretas. Buenos Aires=



Georges Clemenceau

Dibujo de René Godard

Georges Clemenceau era un rey de hombres. Tenía como Agamenón, el hábito del grito, y como Aquiles, el hábito de la cólera. Más, como los reyes que acaudillaban con su voz y con su lanza, junto a las murallas de la ciudad resistente, a las huestes helénicas, Clemenceau no gritaba ni se encolerizaba en vano. Necesitamos, sin duda, buscar entre los héroes míticos, de los cuales nos da la poesía una dimensión sobrehumana, el símil adecuado a su figura, porque su vida y sus hechos lo sustraen a la medida ordinaria con que tasamos el valor o el mérito de las personas. Nada hay en Georges Clemenceau que permita someterlo al juicio con que examinamos a nuestros semejantes. Habría podido preguntar a los que le atacaban o se defendían de sus ataques: «¿En qué me parezco a vosotros? Ya sé que no tenéis mis defectos. Me consuelo, en cambio, en no tener vuestras virtudes». No eran defectos los suyos, sino deformidades, como no son errores de geometría las hendiduras de las montañas. Y esas deformidades daban miedo. Era cavernoso y caudaloso. Sabía enfurecerse, o mejor dicho, el furor era el estado natural de su temperamento o el rasgo normal con que se manifestaba su inteligencia. Y sabía odiar. ¿Cómo es posible que en una sociedad como la de Francia, en que la gente aprecia sobre todas las cosas el sentido de la medida, la relación inmediata de causa a efecto y que rechaza, por la índole de su espíritu, lo que representa una brusquedad bárbara o un fenómeno que contradice a la noción colectiva de las categorías, de las normas, haya podido sobreponerse a su sensibilidad ordenada el individuo que desde su comienzo se ofrece como una excepción, por su violencia, por su genio agresivo, por su aislamiento desdeñoso y magnífico? Por eso, precisamente, era un rey de hombres. No poseía Clemenceau la riqueza heredada de un apellido o el prestigio de una vasta fortuna. Pertenecía a ese tipo uniforme del francés que procede de la burguesía provinciana y va, como los jóvenes de Balzac, a la conquista de París. Pero había nacido con el destino de los reyes, a quienes la fatalidad de la historia reserva el trono a pesar de la adversidad que los combate. Como los reyes medioevales, que conocen las peripecias trágicas de la fuga, de la persecución y de la mazmorra y no obstante la obstinación de su desventura, llegan en un momento al dominio y a la expansión de su personalidad, Georges Clemenceau ha conocido en su largo itinerario de combatiente aislado esas vicisitudes singulares. Su existencia se inició en medio de los tumultos de París, cuando el pueblo, fatigado de la guerra y exacerbado por la derrota, quiso repetir la catástrofe de la revolución de 1789. ¿Quién era entonces el futuro director de la guerra europea y el futuro vencedor del imperio germánico? Escribía en un pequeño periódico con Emilio Zola y frecuentaba con los

pintores nuevos, con los artistas ignorados, los cafés populares del Barrio Latino. Queda únicamente un recuerdo documentado de aquella época. En ese periódico, que se inclinaba hacia las ideas extremas, hacia una especie de socialismo utópico, lanzó un reto, en nombre de la juventud francesa, al caduco novelista Edmond About, olvidado hoy, que se quejó contra las masas juveniles, a las cuales atribuyó el fracaso de una pieza teatral. Esa carta de Clemenceau revela ya las líneas recias de su carácter, el vigor brutal de su lógica y algo que fué fundamental en el desarrollo de este hombre único y que fué su capacidad de agresión. Hubiérase dicho que Georges Clemenceau sería un escritor de brío, un polemista de formidable potencia, pero, nada más que escritor. Los acontecimientos históricos no tardaron en distraerlo de la literatura. La aptitud del hombre de acción predominaba en su modalidad sobre las demás aptitudes. Su instinto lo llevaba hacia las aspiraciones del pueblo. Parecía ser un sobreviviente—y lo era en realidad—de los tribunos de la Revolución Francesa, y en su acento, en su furia, en su tendencia individual, en sus sentimientos de ciudadano repercutían las voces que agitaron a las masas en los días oscuros del terror. El pueblo lo atraía, no como atrae a los apóstoles y a los profetas, a Jaurés, por ejemplo, o a Benoit Malon, con una especie de piedad evangélica, con una ternura conmovida en que se advierte un fondo de religiosidad. Georges Clemenceau sentía en sí

ese amor transformado en una concepción ruda y cambiante de los problemas provocados por los sucesos de cada día. Ama la justicia abstractamente; pelea por la justicia; ama al país, con un frenesí que le enceguece y al propio tiempo, su actitud es de disenso perpetuo con los que, a su vez, se caracterizan por su amor a la justicia o por su amor a la patria. Se diría que las coincidencias le irritaban como una ofensa y que cultivaba el desacuerdo con sus contemporáneos y aún con sus correligionarios, como un método para lograr la realización de sus propósitos. En efecto, ha vivido en la soledad. Los que veían en Clemenceau un representante de sus ideas, una expresión de sus programas momentáneos, temían acercarse, despavoridos ante su probable reacción. Y así actuó, siendo a la vez escritor, periodista, estudioso de ciencias múltiples y político sin partido. Se le llamaba el derribador de ministerios porque, en verdad, su ocupación consistía aparentemente, en gozarse en la destrucción. El que estaba en el gobierno, por su popularidad o por su talento, tenía que cuidarse de Clemenceau. Clemenceau, en su banco, desde la Asamblea de Burdeos, al finalizar la guerra con Prusia, era el fiscal del Parlamento, el censor implacable de la política. Su dura silueta se destacaba entre la muchedumbre de legisladores; su efigie les impresionaba; su mirada les daba vértigo. Y cuando ascendía a la tribuna, el gobierno comprendía que su hora última había llegado. ¿Hablaba, acaso, en un idioma de elocuencia rotunda, como los tribunos dantonianos, con un estilo de alarma y de admonición? Al contrario. Hablaba como escribía, con una naturalidad de plática, y su crueldad radicaba en su ingenio agudo y profundo, en su impavidez para decir lo que nadie se animaba a decir. Su ingenio era mortífero como su ataque. Pero, mientras los demás políticos, vinculados a agrupaciones, ceñidos a una doctrina, comprensivos de las necesidades eventuales, transigían, esto es, gobernaban o esperaban gobernar, Clemenceau se atenía únicamente a su verdad personal, a su convulsión o emoción del momento. La soledad, propicia a su naturaleza de ogro genial y alegre, de una alegría arisca y peñascosa, le formó en la costumbre de la verdad. Nunca se le hallaba dentro de los pensamientos hechos, de las maneras convencionales. Lo que cada uno callaba, Clemenceau lo decía y esto le dió la posición de individuo metido en una fortaleza frente a un desfilar. Este hombre de genio no dominó por su genio sino por la libertad con que lo empleaba. Sí; probablemente ninguna de las deficiencias que le reprochaban sus enemigos era una exageración de su hostilidad. Mas, por encima de esas deficiencias que constituían los tenebrosos declives de su carácter, se le reconocían facultades que las compensaban.

(Pasa a la Pág. 128)

HABLEMOS del hombre, porque en Godoy hay paisaje: unos espejuelos de farol antiguo, sostenidos en una nariz tropical, una selva de cabellos que parecen robados a la fruta del maíz; agregad dos piernas muy largas en que se encaja el tronco y habréis formado a Armando Godoy.

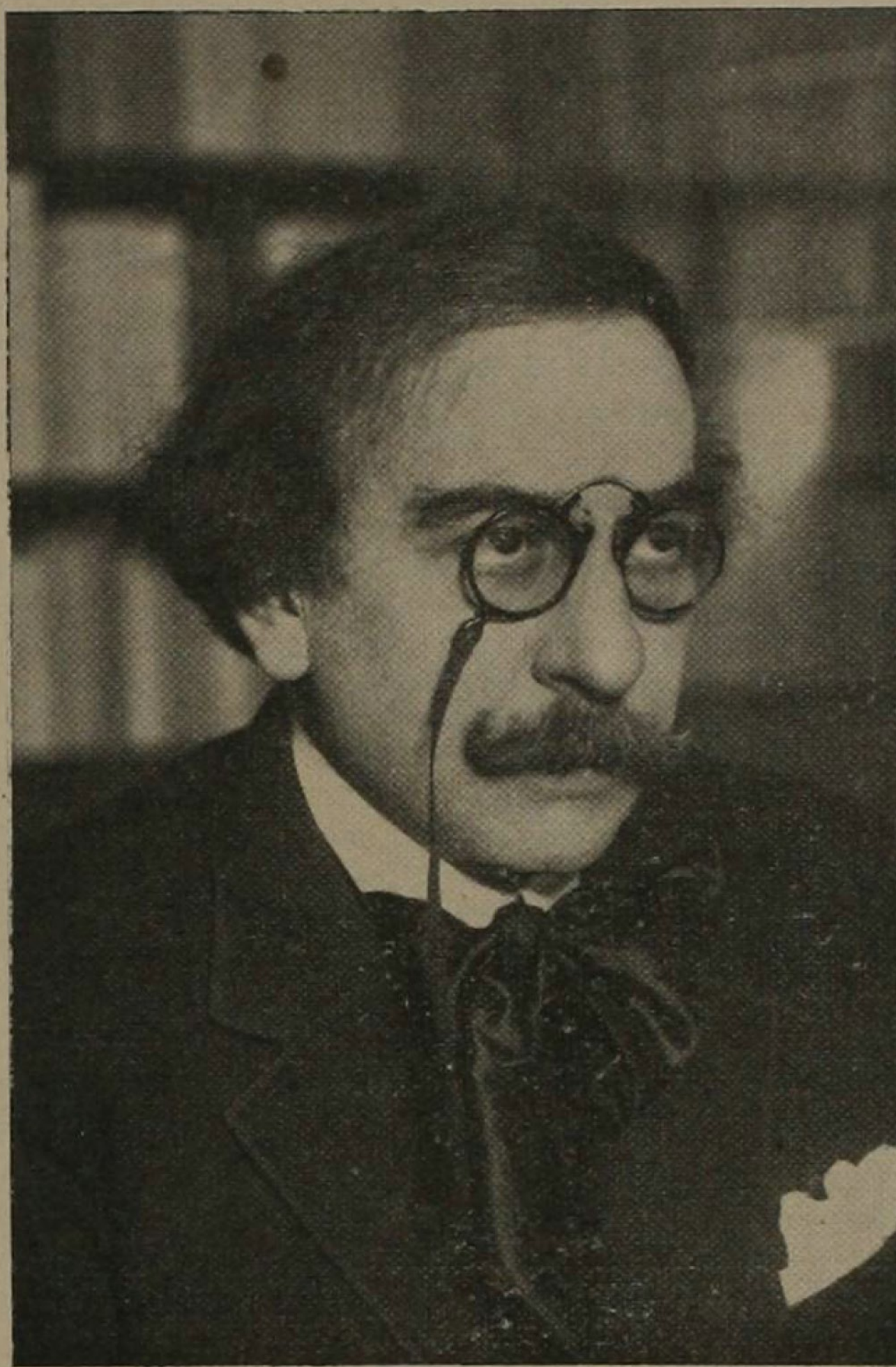
¿De su vida privada? Godoy hizo banca, tuvo éxito, el talento puede tener muchas irradiaciones, y con ello consiguió la libertad del cuerpo y del alma.

Ante Godoy tenemos siempre un problema pendiente, ¿por qué escribe en francés? Sus críticos dicen que se debe a la mayor belleza de la lengua francesa sobre la nuestra; eso está bien que lo digan los de por aquí, pero marca buen desacuerdo con nosotros los que usamos la lengua en que Cervantes escribió su Hidalgo y Escudero. Más bien creo que el caso de Godoy se debe a un fenómeno natural y que es algo así como si nos preguntáramos: ¿pero por qué corre este río por aquí? Pues simplemente porque por allí le dió la gana coger, y como en el caso de Godoy, el río en los remansos, refleja bellos árboles de las riberas en su agobio francés.

En Godoy tenemos algo que es fundamental, es nacido poeta, y como deseara Kipling, nunca apar-

El poeta Armando Godoy

(Envío del autor)



Armando Godoy

tó del derrotero principal su mano derecha, dejando a la izquierda los otros cuidados.

Godoy, no obstante ser poeta de Francia, no ha perdido su sabor tropical; es algo así como el Vichy

Max Jiménez

París, 1929.

que destapáramos en Cuba; Godoy aquí en París, aun guardada en sus venas jugo de la caña de azúcar que crece allá en la dulce Isla.

Godoy cuenta con las malquerencias de todo el que se eleva; probablemente los hispano-americanos no le perdonan el que haya prescindido de ellos; dado que tantos honores le tributa Francia, bien floja debe irle la camisa de América. No ha bastado para contrarrestar el pecado de su gloria la generosidad de que es dueño, ni su bondad para con los muchachos que apenas muestran los primeros retoños.

Hay una cosa que le debe y deberá siempre América, y es la de poner en «galo» lo que tan maravillosamente dijeron Martí y José Asunción Silva; enseña a Francia que no solamente le quitamos sino que en la lírica, tenemos condiciones para darle, y esto es en verdad muy halagüeño.

Me dirá el lector que por qué no me ocupo de las obras de Godoy, es decir de su pedestal; pues bien, no he de hacerlo, porque son sus obras las que me hacen hablar de él; leed sus producciones y veréis todo lo que merece el árbol que da esos frutos.

Armando Godoy escribiendo en francés le hace un señalado servicio al castellano.

El paraje era severo, de adusta severidad. En el término del horizonte, bajo el cielo inflamado por nubes rojas, fundidas por los últimos rayos del sol, se extendía la cadena de montañas de la sierra, como una muralla azulado plomiza, coronada en la cumbre por ingentes pedruscos y veteada más abajo por blancas estrías de nieve.

El pastor y su nieto apacentaban su rebaño de cabras en el monte, en la sima del alto de las Pedrizas, donde se yergue como gigante centinela de granito, el pico de la Corneja.

El pastor llevaba anguarina de paño amarillento sobre los hombros, zajonas de cuero en las rodillas, una montera de piel de cabra en la cabeza, y en la mano negruzca, como la garra de un águila, sostenía un cayado blanco de espino silvestre. Era hombre tosco y primitivo; sus metillas, rugosas como la corteza de una

vieja encina, estaban en parte cubiertas por la barba naciente no afeitada en varios días, blanquecina y sucia.

El zagal, rubicundo y pecoso, correteaba seguido del mastín, hacía zumbir la honda trazando círculos vertiginosos por encima de su cabeza y contestaba alegre a las voces lejanas de los pastores y de los vaqueros, con un grito estridente, como un relincho, terminando en una nota clara, larga, argentina, carcajada burlona, repetida varias veces por el eco de las montañas.

El pastor y su nieto veían desde la cumbre del monte laderas y colinas sin árboles, prados yermos, con manchas negras, redondas de los matorrales de retama y macizos violetas y morados de los tomillos y de los cantuesos en flor...

En la hondonada del monte, jun-

to al lecho de una torrentera llena de hojas secas, crecían arbolillos de follaje verde negruzco y matas de brezo, de carrascas y de roble bajo.

Comenzaba a anochecer, corría ligera brisa; el sol iba ocultándose tras de las crestas de la montaña; sierpes y dragones rojizos nadaban por los mares de azul nacado del cielo, y al retirarse el sol, las nubes blanqueaban y perdían sus colores, y las sierpes y los dragones se convertían en inmensos cocodrilos y gigantescos cetáceos. Los montes se arrugaban ante la vista, y los valles y las hondonadas parecían ensancharse y agrandarse a la luz tibia del crepúsculo.

Se oía a lo lejos el ruido de los cencerros de las vacas, que pasaban por la cañada, y el ladrido de los perros, el ulular del aire;

y todos estos rumores, unidos a los murmullos indefinibles del campo, resonaban en la inmensa desolación del paraje como voces misteriosas nacidas de la soledad y del silencio.

—Volvamos, muchacho—dijo el pastor—. El sol se esconde.

El zagal corrió presuroso de un lado a otro, agitó sus brazos, enarboló su cayado, golpeo el suelo, dió gritos y arrojó piedras, hasta que fué reuniendo las cabras en una rinconada del monte. El viejo las puso en orden; un macho cabrío, con un gran cencerro en el cuello, se adelantó como guía, y el rebaño comenzó a bajar hacia el llano. Al destacarse el tropel de cabras sobre la hierba, parecía oleada negruzca, surcando un mar verdoso. Resonaba igual, acompañado, el alegre campanileo de las esquilas.

—¿Has visto, zagal, si el macho cabrío de la tía Remedios va en el rebaño?—preguntó el pastor.

La sima

Cossío...

(Viene de la página 117)

—Lo vide, abuelo—repuso el muchacho.

—Hay que tener ojo con ese animal, porque malos dimoños me llevan sino le tengo malquerencia a esa bestia.

—¿Y eso por qué vos pasa, abuelo?

—No sabes que la tía Remedios tié fama de bruja en tó el lugar.

—¿Y eso será verdad, abuelo?

—Así lo hay dicho el sacristán la otra vegada que estuve en el lugar. Añaden que aoja a las personas y a las bestias y que da bebedizos. Diz que la veyeron por los aires entre bandadas de culebros.

El pastor siguió contando lo que de la vieja decían en la aldea, y de este modo departiendo con su nieto, bajaron ambos por el monte, de la senda a la vereda, de la vereda al camino, hasta detenerse junto a la puerta de un cercado. Veíase desde aquí hacia abajo la gran hondonada del valle, a lo lejos brillaba la cinta de plata del río, junto a ella adivinábase la aldea envuelta en neblinas; y a poca distancia, sobre la falda de una montaña, se destacaban las ruinas del antiguo castillo de los señores del pueblo.

—Abre el zarzo, muchacho—gritó el pastor al zagal.

Este retiró los palos de la talanquera, y las cabras comenzaron a pasar por la puerta del cercado, estrujándose unas con otras. Asustóse en esto uno de los animales, y apartándose del camino, echó a correr monte abajo velozmente.

—¡Recontra! Es el chivo de la tía Remedios—dijo el zagal.

—Corre, corre tras él, muchacho—gritó el viejo, y luego azuzó al mastín, para que persiguiera al animal huído.

—Anda, Lobo. Ves a buscallo.

El mastín lanzó un ladrido sordo, y partió como una flecha.

—¡Anda! ¡Alcánzale!—siguió gritando el pastor—. Anda ahí

El macho cabrío saltaba de piedra en piedra como una pelota de goma; a veces se volvía a mirar para atrás, alto, erguido, con sus lanas negras y su gran perilla diabólica. Se escondía entre los matorrales de zarza y de retama, e iba haciendo cabriolas y dando saltos.

El perro iba tras él, ganaba terreno con dificultad; el zagal seguía a los dos, comprendiendo que la persecución había de concluir pronto; pues la parte abrupta del monte terminaba a poca distancia en un descampado en cuesta. Al llegar allí, vió el zagal al macho cabrío, que corría desesperadamente perseguido por el perro; luego le vió acercarse sobre un montón de rocas y desaparecer entre ellas. Había cerca de las rocas una cueva que, según algunos, era muy profunda, y sospechando que el ani-

«Nuestra es, a no dudarlo, la iniciativa de una vida cristiana, en armonía con las ocupaciones de cada estado. Y en virtud de esa ley de desenvolvimiento progresivo a que se presta el catolicismo, y que tan exactamente supo definir Vicente de Lerins, en su *Commonitorio*, el ideal de la virtud para las personas del siglo no fué ya el monaquismo, con sus rigores y austeridades, sino la Iglesia de Dios, como madre, con sus misericordias y consolaciones».

Entre los testamentarios de don Fernando de Castro señalamos a don Francisco Giner; lo fueron también Azcárate, Ruiz de Quevedo, Sales y Ferré, Uña, Salmerón, profesores todos de la *Institución Libre*. El trabajo citado lleva la fecha de 1866.

La nota de universalidad. Don Julián Sánchez del Río; Sánchez del Río, catedrático de Historia de la filosofía en la Universidad de Madrid; *Introducción en España de un sistema filosófico*. Un sistema filosófico—y esto hizo su fuerza—que, más que una filosofía, era una moral. En 1860, Sánchez del Río publica su traducción del libro de Krause, *Ideal de la Humanidad para la vida*. La traducción va anotada por el traductor. Las notas son más interesantes que el texto. Una de ellas se titula: «*Tribunales superiores históricos*». Sánchez del Río, en su noble afán de universalidad, de justicia internacional, se adelanta a la Sociedad de Naciones. El Tribunal que don Julián pide es el de la Sociedad de Naciones. Oigámoste: no olvidemos que estamos en 1860:

«En la historia humana—escribe el autor—se han cometido injusticias mayores, que piden un Tribunal y juicio competente. y que por falta de él han caído hasta el día bajo jueces ilegítimos o interesados. Si la sociedad política humana estuviera organizada como un Estado y Tribunal Supremo en la tierra, acudirían a él hombres y pueblos sobre injusticias pasadas y presentes, que hoy están sin reparar, y que influyen con pernicioso ejemplo, y atesoran inmoralidad pública e injusticia sobre nuestra historia. ¿Quién reparará competentemente la injusticia de la Inglaterra con Irlanda? ¿La de Rusia con Polonia? ¿La de Europa con el pueblo judío? ¿La de las razas blancas con las negras? Sin embargo, estas injusticias humanas están vivas, y piden Tribunales superiores a los hoy constituidos para ser competentemente reparadas».

La nota sigue; no podemos copiarla toda, basta con lo copiado para nuestro propósito.

Más tarde, esas dos notas de españolismo y universalidad confluyen en la mente de Giner. Giner y su europeísmo, aliado al amor por el paisaje de Castilla. Giner, europeo y apasionado del Guadarrama: Su espíritu se continúa en Cossío, en Cossío tan universalista como Giner y amante apasionado de Toledo y el Greco. Los dos matices se hacen notar en la breve alocución pronunciada por el maestro al cumplirse, en 1926, los cincuenta años de la *Institución*. En esa página se señala la característica de esa Sociedad, «cada día con más ansias de universalidad humana, y, a la vez, más íntima y amorosamente fundida con la madre tierra y la materna raza».

(A B C. Madrid.)

Azorín



**El traje hace al caballero
y lo caracteriza
y
La Sastrería**

La Colombiana
de Francisco A. Gómez Z.

le hace el vestido

en pagos semanales, mensuales
o al contado.

Hay un inmenso surtido de
casimires ingleses. Operarios
competentes para la confec-
ción de trajes.

Haga una visita y se convencerá

Calle del Tranvía

50 varas al Este de "El Cometa",
frente a Luis Vanni

San José, C. R.—Teléfono 3283

mal se habría caído allí, el muchacho se asomó a mirar por la boca de la caverna. Sobre un rellano, de la pared de ésta, cubierto de matas, estaba el macho cabrío.

El zagal intentó agarrarle por un cuerno, tendiéndose de bruces al borde de la cavidad; pero viendo lo imposible del intento, volvió al lugar donde se hallaba el pastor y le contó lo sucedido.

—¡Maldita bestia!—murmuró el viejo—. Ahora volveremos, zagal. Hemos primero de meter el rebaño en el redil.

Encerraron entre los dos las cabras, y después de hecho esto, el pastor y su nieto bajaron hacia el descampado y se acercaron al borde de la sima. El chivo seguía de pie sobre las matas, el perro le ladraba desde fuera sordamente.

—Dadme vos la mano, abuelo. Yo me abajaré—dijo el zagal.

—Cuidao, muchacho. Tengo gran miedo de que te vayas a caer.

—Descuidad vos, abuelo.

El zagal apartó las malezas de la boca de la cueva, se sentó a la orilla, dió a pulso una vuelta, hasta sostenerse con las manos en el borde mismo de la oquedad, y resbaló con los pies por la pared de la misma, hasta afianzarlos en uno de los tajos salientes de su entrada. Empuñó el cuerno de la bestia con una mano, y tiró de él. El animal, al verse agarrado, dió tan tremenda sacudida hacia atrás, que perdió sus pies; cayó, y en su caída, arrastró al muchacho al fondo del abismo. No se oyó ni un grito, ni una queja, ni el rumor más leve.

El viejo se asomó a la boca de la caverna.

—¡Zagal, zagal!—gritó con desesperación—. Nada, no se oía nada.

—¡Zagal! ¡Zagal!

Parecía oírse mezclado con el murmullo del viento un balido doloroso, que subía desde el fondo de la caverna.

Loco, trastornado, durante algunos instantes, el pastor vacilaba en tomar una resolución; luego se le ocurrió pedir socorro a los demás cabreros, y echó a correr hacia el castillo.

Este parecía hallarse a un paso; pero estaba a media hora de camino, aun marchando a campo traviesa; era un castillo ojival derruido, se levantaba sobre el descampado de un monte; la penumbra ocultaba su devastación y su ruina, y en el ambiente del crepúsculo parecía erguirse y tomar proporciones fantásticas.

El viejo caminaba jadeante. Iba avanzando la noche; el cielo se llenaba de estrellas; un lucero brillaba con su luz de plata por encima de un monte, dulce y soñadora pupila que contemplaba el valle.

El viejo, al llegar junto al castillo, subió a él por una estrecha

Poemas de Armando Godoy

Trad. de Eduardo Avilés Ramírez

= Del libro *Páginas Escogidas*, París, Editions EXCELSIOR, 1929 =

La Sonata a Kreutzer

a Camille Maclair.

I

Los tres caballos galopan... galopan bajo la luna, con las narices fumantes y las crines en el viento. Los tres iguales en ímpetu, en el aliento y en una galopada cual ritmada por el dios del movimiento.

De pronto uno de ellos siente el latigazo invisible del espanto: la planicie se terminó bruscamente. Lucha un segundo. Ya es tarde! Y ante el paisaje impasible en la arena movediza se hunde silenciosamente.

Los otros siguen la loca galopada hacia la nada y hasta que el segundo rueda en las fauces de la sombra, creen que van todos juntos en la planicie lunada, pues tomaban por su cuerpo el cuerpo ágil de su sombra.

El tercero, comprendiendo, se detiene al borde mismo. Relinchó, relinchó en medio del gran silencio simbólico. Y transido de tristeza y de laxitud de abismo erró como sombra, al ritmo de su trote melancólico.

Sigue? Se detiene? Busca la mortaja húmeda y fría que recubre a sus hermanos? O galopará en la calma de la atrayente llanura que provoca la alegría de los juveniles músculos y la cabriola del alma?

Vamos! Adelante! Todo, cielo y tierra, te convida. La luna también galopa por la celeste llanura, y los muertos—oh, tus muertos—unen su soplo de vida al agua, al astro y al viento, al amor y a la amargura.

Los tres caballos galopan, galopan por la planicie, las rudas crines al viento, rasgando el claro de luna, y bajo sus cascos canta la angustia de la planicie como un rezo centellante que montara hacia la luna.

II

Las tres niñas danzan, danzan en la silente llanura, y de las frágiles frondas de sus rubias cabelleras fluye un perfume divino, cual la celeste mixtura de otra cabellera rubia que ungió las llagas postreras.

En ronda, radiantes, bellas, ágiles, puras, iguales, las tres niñas danzan, danzan en un círculo de luz. Despiértanse las abejas, las luciérnagas nupciales y las serpientes vencidas por el signo de la cruz.

Cuántos sollozos y cuántos crímenes y cuántos besos para seducir los recios centinelas del Bahal, para llenar el vacío que separa a los opresos del éxtasis infantil y del dulzor maternal!

Las tres niñas danzan, danzan en la serena planicie, dando al viento las flotantes, delirantes cabelleras; un gran temblor atraviesa la entraña de la planicie y el cielo mismo se inclina para oler las cabelleras.

III

Tres mendigos buscan las puertas de un gran castillo que no existe. Es hora de cerrar las puertas con ritmo rechinante y triste.

Los mendigos son sordos, ciegos y mudos y los tres iguales. Pero aunque sordos, mudos, ciegos, van como tres reyes triunfales.

calzada; atravesó la derruida escarpa, y por la gótica puerta entró en un patio lleno de escombros, formado por cuatro paredones agrietados, únicos restos de la antigua mansión señorial.

En el hueco de la escalera de la torre, dentro de un cobertizo hecho con estacas y paja, se veían a la luz de un candil humeante diez o doce hombres, rústicos pastores o cabreros, agrupados en derredor de unos cuantos tizones encendidos.

El viejo, balbuceando les contó lo que había pasado. Levantáronse los hombres, cogió uno de ellos una sogá del suelo y salieron del castillo. Dirigidos por el viejo fueron camino del descampado, en donde se hallaba la cueva.

La coincidencia de ser el macho cabrío de la vieja hechicera el que había arrastrado al zagal al fondo de la cueva, tomaba en la imaginación de los cabreros grandes y extrañas proporciones.

—Y si esa bestia fuera el dimoño—dijo uno.

—Bien podría ser—repuso otro.

Todos se miraron espantados.

Se había levantado la luna; densas nubes negras, como rebaño de seres monstruosos, corría por el cielo; oíase alborotado rumor de esquilas; brillaban en las lejanías las hogueras de los pastores.

Llegaron al descampado, y fueron acercándose a la sima con el corazón palpitante. Encendió uno de ellos un brazado de ramas secas y lo asomó a la boca de la caverna. El fuego iluminó las paredes erizadas de tajos y de pedruscos; una nube de murciélagos despavoridos se levantó y comenzó a revolotear en el aire.

—¿Quién abaja?—preguntó el pastor con voz apagada.

Todos vacilaron, hasta que uno de los mozos indicó que bajaría él, ya que nadie se prestaba. Se ató la sogá por la cintura, le dieron una antorcha encendida de ramas de abeto, que cogió de una mano, se acercó a la cima y desapareció en ella. Los de arriba fueron bajándole poco a poco, la caverna debía ser muy honda, porque se largaba cuerda, sin que el mozo diera señal de haber llegado.

De repente la cuerda se agitó bruscamente, oyéronse gritos en el fondo del agujero, comenzaron los de arriba a tirar de la sogá y subieron al mozo más muerto que vivo. La antorcha en su mano estaba apagada.

—¿Qué viste? ¿Qué viste?—le preguntaron todos.

—Vide al diablo, todo vermejo, todo vermejo.

El terror de éste se comunicó a los demás cabreros.

—No abaja nadie—murmuró des-

olado el pastor—. ¿Vais a dejar morir al pobre zagal?

—Ved, abuelo, que esta es una cueva del dimoño—dijo uno—. Abajad vos, si queréis.

El viejo se ató decidido la cuerda a la cintura y se acercó al borde del negro agujero.

Oyóse en aquel momento un murmullo vago y lejano, como la voz de un sér sobrenatural. Las piernas del viejo vacilaron.

—No me atrevo... Yo tampoco me atrevo—dijo; y comenzó a sollozar amargamente.

Los cabreros, silenciosos, miraban sombríos al viejo. Al paso de los rebaños hacia la aldea, los pastores que les guardaban acercábanse al grupo formado alrededor de la sima, y al enterarse de lo ocurrido, rezaban en silencio, se persignaban varias veces, y seguían su camino hacia el pueblo.

Se habían reunido junto a los pastores mujeres y hombres, que cuchicheaban comentando el suceso. Llenos todos de curiosidad, miraban la boca negra de la caverna, y absortos oían el murmullo que escapaba de ella, vago, lejano y misterioso.

Iba entrando la noche. La gente permanecía allí, presa aún de la mayor curiosidad.

Oyóse de pronto el sonido de una campanilla, y la gente se dirigió hacia el lugar alto para ver lo que era. Vieron al cura del pueblo que ascendía por el monte acompañado del sacristán, a la luz de un farol que llevaba este último. Un cabrero les había encontrado en el camino, y les contó lo que pasaba.

Al ver al viático, los hombres y las mujeres encendieron antorchas y se arrodillaron todos. A la luz sangrienta de las teas se vio al sacerdote acercarse hacia el abismo. El viejo pastor lloraba con un tipo convulsivo. Con la cabeza inclinada hacia el pecho, el cura empezó a rezar el oficio de difuntos; contestábanle murmurando a coro hombres y mujeres una triste salmodia; chisporroteaban y crepitaban las teas humeantes, y a veces, en un momento de silencio, se oía el quejido misterioso que escapaba de la cueva, vago y lejano.

Concluidas las oraciones, el cura se retiró, y tras de él las mujeres y los hombres, que iban sosteniendo al viejo para alejarle de aquel lugar maldito.

Y en tres días y en tres noches se oyeron lamentos y quejidos, vagos, lejanos y misteriosos, que salían del fondo de la sima.

Pío Baroja

(Cuentos, II. Caro Raggio: Editor. Madrid).

Recorren así la planicie
hacia el castillo imaginario.
Recorren así la planicie
guiados por acre olor de osario.

Quién ha muerto, quién? Las tres niñas
galopan los rudos caballos.
Los mendigos miran las niñas
y oyen relinchar los caballos.

Fantasia de Schumann

(En *ut* mayor, op. 17)

a André Mora.

Lágrimas, más lágrimas, todas las lágrimas de la floresta;
suspiros, más suspiros, todos los hondos suspiros del monte!
Busco y rebusco entre los árboles, lanzando amorosa protesta,
a la Amada muda y perdida en un incógnito horizonte.

Está ella acaso balanceada en una rama inaccesible
bajo el caricioso y saudoso deliquio de un raro bulbul?
O en la fascinadora estrella que en lengua de oro irresistible
la hizo soñar un vago sueño lleno de temblores de azul?

Lágrimas, más lágrimas, todas las lágrimas de la floresta;
suspiros, más suspiros, todos los hondos suspiros del monte
¿no son capaces de atraerla? Caronte ya su barca apresta
y las Constelaciones cierran sus ojos en el horizonte.

El puerto

Arriba, en el marino contrafuerte,
mi corazón avizó a la muerte
aquella vez. Pisadas oportunas
la llevaban a través de las dunas
hasta sobre los barcos dormilados
que escrutaba con ojos reposados,
como quien, para hacer un largo viaje,
se prepara de barco y de equipaje...

Detúvose al final ¡gesto certero!
con los brazos en cruz frente a un velero.
Sobre la arboladura, fantasmal,
vi fulgurar la guadaña fatal.

Y me dije: «Por fin se va muy lejos
y me deja tranquilo. En sus reflejos
veré aun noches diáfanas de luna,
las hojas verdes y la Amada bruna,
pues que será terrible, como Anteo,
morir en los umbrales del Deseo.
Además, que me queda en el rosal
interior mucha rosa de ideal...»

Mas el velero no salió. En la rada
no se movía nada, nada, nada...
Aquel velero en el paisaje rudo
era un fantasma mudo, mudo, mudo...
Y, oído alerta y ojo vigilante,
pasé toda la noche alucinante.

Y allí sigue. Días, meses, años
cargados de tristeza y desengaños
se alejan en un ritmo alado y breve

¡pero el barco maldito no se mueve!
Quién pudiera tener dos alas bellas,
corazón, y fugarse a las estrellas!

Los trajes

I

Oh, trajes antañones de pesado brocado
que os pudrís, lentamente, detrás de los cristales!
Se cerraron los ojos que habían devorado
bajo vuestros pliegues los senos virginales.

Los impacientes dedos y los labios ardientes
que se crisparon sobre tu seda coruscante,
se fueron. Hoy reposan en comarcas elementales
donde el Olvido es Ángel Guardián y vigilante.

¿Evocáis el perfume de muertas Primaveras,
ritmo del corazón y carne transitoria?
¿Evocáis la embriaguez, como aquellas banderas
que desgarraron ásperos ciclones de victoria?

La comedia e finita. Los sudarios hermanos
envuelven la carroña de penetrantes miasmas.
Dormís, y los poetas que escrutan los arcanos
con afiebrados ojos, evocan los fantasmas.

Se equivocan, a veces. (Oh, Ilusión, los embriagos!)
y buscan lo divino sobre las tristes cosas.
Vuestros pliegues quizás sólo envolvieron llagas,
allí donde sus ojos sólo veían rosas!

II

En un triste rincón del Perú andino
la mujer viste un hábito severo,
amplio y duro sobre el cuerpo divino,
sin un frufrú sonriente y dominguero.

Dulce Mater Dolorosa y simbólica
obcecada por trágico minuto,
por su raza vencida y melancólica
de la cuna a la tumba lleva luto.

Bajo de la amplia túnica clemente
el amante se esconde, y el rival
a veces en su cólera demente
atraviesa a los dos con su puñal.

Tengo celos, oh Amada! Tu camisa
vibra sobre tus flancos agarenos,
cruje con erótica sonrisa
y se aprieta a la gloria de tus senos.

Quién pudiera la sien doliente y cálida
sobre el misterio dulce reclinar,
y tornanado la carne a ser crisálida
soñar, soñar, soñar, soñar, soñar...

III

El domingo, bajo el velo,
iba la niña orgullosa,
traje blanco y alma rosa
como un serafín del cielo.

Desde mucho tiempo hacía
que en silencio, a solas, queda,
soñaba con la alegría
de envolverse en blanca seda.

Y cuando el padre tendió
la hostia, para mostrar
mejor su traje lunar,
¡el busto la niña irguió!

IV

Traje de invierno o traje de verano, pesado
traje de trama de oro o vaporoso azul,
siempre incitando al fruto prohibido y encantado
¡trajes, pesados trajes de brocado o de tul!

Los mismos pliegues amplios sobre las nobles líneas
escondiendo con celo la ardiente desnudez,
unas veces mintiendo redondeces virgíneas
y otras mintiendo altiva y orgullosa esbeltez.

Yo me acuerdo de aquella lejana catedral
bajo de cuyas naves me sorprendió el amor.
Entre el incienso místico su traje de percal
despertaba en mis venas éxtasis turbador.

De inesperada gracia su forma frutecía
por el incienso cómplice que ascendía al plafón,
y ¡pobre bienamada! toda aquella poesía
no era más que un alarde de brillante chifón.

Después yo he visto el alba nacer en un crepúsculo,
la realeza del lis emerger de la charca,
y huyendo los palacios, mi zapato minúsculo
encontró sólo el pie de Cendrillon la zarca.

Mas ha sido en el seno de irresistible gracia
que la misma Afrodita de esplendores nimbó,
que he descubierto el crimen, el odio y la falacia,
la grangrena y la síntesis del humano dolor.

Y buscando el Ideal y el loco batir de alas
cuya gloria es vecina de infernal almoneda,
aprendí a desconfiar de las vistosas galas,
ya sean de brocado o de carne o de seda.

Envío

Me acuerdo de tu pobre traje fino
y de tu triste voz diciendo: «Ven,
Amor». Y aquel instante era divino
y mi beso calmó tu ardida sien.

Tu traje, coruscante y celestino,
me libró su tesoro palpitante...
A pesar de los años y el destino
puedo vivir aquel divino instante.

Desciño el lazo y surge la divisa
sensual de tu pañuelo y tu camisa
con un frufrú de seda que suspira.

Ya lo ves, soy como un ropavejero
que revive el pasado cancionero
guardado en el armario y en la lira.

Warum? de Schumann

Yo te he visto una vez, yo te he visto una vez!
Tu mirar ilumina el mar y lo que es.

Yo te he visto una vez, una, una sola vez!
Desde entonces te busco sobre el mar y lo que es.

Yo te he visto una vez, una única vez!
No oí tu corazón, ni tu voz, ni lo que es.

Yo te he visto una vez—sin oírte!—una vez!
Toda la tierra danza en el ritmo que es.

Yo te he visto una vez, nada más que una vez!
Tu ausencia es el infierno, mi cielo ya no es.

Yo te visto una vez por la última vez
Tus dedos en mi lira te dirán lo que es.

Yo te veo en el bosque y en el mar, ya lo ves,
en la angustia del Hoy y el cielo del Después,

en la luz y en la sombra y en todo lo que es.
Una vez! Una vez! Una vez! Una vez!

Las *Obras Pédicas Completas* de Campoamor en un tomo primoroso, acaba de sacarlas el editor **M. Aguilar**. Madrid. Precio del ejemplar empastado en cuero: Ptas.: 25.

La Editorial **Poblet** de Madrid-Buenos Aires, ha publicado un libro interesante: Karl Vossler: *Positivismo e Idealismo en la Lingüística y el Lenguaje como creación y evolución*.

Luis Bello, por la Editorial **Renacimiento** ha sacado el IV tomo de sus admirables Viajes por las Escuelas de España. Corresponde a *Mas Andalucía*.

José Ortega y Gasset ha publicado el tomo VII de *El Espectador*. Índice: Hegel y América. Sobre la expresión fenómeno cósmico. Cuaderno de bitácora. El origen deportivo del Estado. El silencio, gran brahmán. Intimidades.

El tomo segundo de las *Investigaciones lógicas*, por Edmundo Husserl, ha salido por la *Revista de Occidente*. Madrid. Trad. del alemán por Manuel G. Morente y José Gaos.

Fuga se titula la novela reciente de Eduardo Salterain y Herrera. Montevideo (Canelones 1262).

La Casa Editorial **Araluce**, de Barcelona, nos remite *Las mejores páginas* de Manuel Ugarte: Cuentos americanos, Cuentos europeos, Crónicas, Discursos, Poesía, Capítulos de novela, etc.

Señalamos: A. Fadeiev: *La derrota*. Novela. En las *Ediciones Europa-América*. París.

Augusto Santelices (Andrés Bello 535, Santiago de Chile) nos remite *El agua en la sombra*. Poemas. Santiago de Chile. 1929.

Bibliografía titular

(Se registran los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

Mástil es el título de una revista cuyo primer número nos llega. Se edita en Santiago de Chile, como órgano del Centro de Estudiantes de Derecho de la Universidad de Chile. Son sus Directores: Juan Danus y Augusto Santelices.

Otra obra que nos llega de las *Ediciones Europa-América*: John Reed: *Diez días que estremecieron al mundo*. Introducción de Egon Erwin Kisch.

Ernesto Jaramillo Avilés (*Octavio*), nos envía la obra *Frustrerías*. Artículos humorísticos, Cuentos humorísticos y Poesías... humorísticas. Panamá.

Un número especial de la Foreign Policy Association (New York, N. Y.): *The American Occupation of Haiti*. Contenido: Haiti before the American Occupation. Establishment of American Control, 1915-1922. Achievements of the Occupation, 1922-1929. Conclusión.

La revista ocultista *Aquarius*

El último número de esta interesante revista, editada en la Habana, Cuba, (apartado 1414), acaba de llegar a nuestra Redacción.

Este número viene nutrido de material altamente interesante, referente a las llamadas *ciencias ocultas*, entre las cuales algunas constituyen verdaderas ciencias psíquico-filosóficas, dignas de investigación, y que son a las que esta revista viene dedicándose.

El lenguaje que emplea en sus escritos no puede ser más sencillo, al alcance de los no iniciados.

En el número que tenemos a la vista se invita al público en general a inscribirse en una entidad internacional para el estudio de las ciencias psíquicas, astrología etc.; sin cuota ni gastos para los comunicantes, que con sólo enviar su nombre y dirección recibirán cada semana un copioso material de divulgación del espiritismo y las demás ciencias.

Baltasar Dromundo (Aztecas, 14. Depto. 8 México, D. F.) nos remite unos interesantes *Carteles de poemas revolucionarios mexicanos*. Muy originales.

La Comisión de Límites nos remite el N.º 19 del tomo III de *Límites entre Guatemala y Honduras*. Lo que Honduras llama «Su Documentación histórica y jurídica» carece de base y no resiste el análisis de la razón. Guatemala. Novbre. de 1929.

Señalamos este cuaderno de la serie Cuadernos de *Don Segundo Sombra*: Luis Carrillo y Sotomayor: *Fábula de Atis y Galatea*. Sonetos. Edición al cuidado de Pedro Henríquez Ureña y Enrique Moreno.

Estos poemas de Carlos Alberto Garibaldi (Canelones 164, Montevideo): *Tensiones y alegrías*. Editorial *Albatros*. Montevideo. 1929.

DR. HERDOCIA
Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

**10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde**

Contiguo al Teatro Variedades

Este folleto publicado por la Comisión Nacional de los Estados Unidos para la Reforma del Calendario: *Aspectos económicos de la Reforma del Calendario*.

De la *Stable Money Association* (104 Fifth Avenue, New York) hemos recibido este folleto: *The movement for a sounder money*. Con la colaboración de: Owen D. Young (*The Stability of Money*), Norman Lombard (*The Scientific Approach*), Frederic A. Delano (*Research and Education*) Sir Josiah Stamp (*The First Necessity*) Henri Fuss (*Unemployment and Monetary Fluctuations*) y *The Problem of Prosperity*. Price: \$ 0.50.

El *Instituto de Literatura Argentina* (Reconquista, 575, Buenos Aires) nos envía *El pozo de Yocci*, novela por Juana Manuela Gorriti. En la Sección de Documentos. Serie 4.^a Novela. Tomo I. N.º 5.

En las Publications of the Boundary Commission, 1929, nos llega: *Boundaries between Guatemala and Honduras*. Guatemala's efforts for canalize the Motagua River and undisputed jurisdiction that she has exercised over its valley since the XVIII Century. Guatemala. Novbr. 1929.

De la Universidad Nacional de Guatemala: *Discursos Académicos*. 1929.

Señalamos: Ildefonso Pereda Valdés: *Raza negra*. 1 Poemas de negros. 2 Cantos africanos. 3 Cancionero Afro-montevideo. Montevideo. 1929. Nos llega este libro por el Consulado de Venezuela en Montevideo.

Señalamos: Ernesto Morales: *Leyendas guaraníes*. Nueva edición. Portada de Macaya e ilustraciones de Ret Sellawaj. *El Ateneo*. Buenos Aires. 1929.

De *Espasa-Calpe*, S. A., Madrid nos llega: Sergio de Markow: *Cómo intenté salvar a la Zarina*. Trad. del alemán por M. Perales.

De Walther Rathenau: *Crítica de la época*. Trad. directa del alemán de José Pérez Bances. En las *Ediciones Jason*. Barcelona. Serie *Hombres e Ideas*.

Un volumen más de la *Nueva Biblioteca*

Repertorio Hebreo

Revista mensual Ilustrada de Cultura, Literatura, Arte, Crítica e Información

Director:

MIGUEL BEN-TZVI ADLER

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle Negreiros 567
(Altos)

Ap. Correos 1925
Lima, Perú.

Suscripción en el extranjero... \$2.00 (al año)

Filosófica: Leibniz: *Nuevo sistema de la Naturaleza*. Trad. de Eduardo Ovejero y Maury. Madrid. 1929.

De los autores:

Blas Millán: *La radiografía y otros casos*. Librairie Henri Gaulon.—París. La dirección del autor: Blas Millán. c/o Juan Manuel Díaz & Co. Caracas. Venezuela.

Alberto Guillén: *Epigramas*. Editorial *Nascimiento*. Santiago de Chile. 1929.

Ginn y Cía., Nueva York, ha publicado el *Libro Cuarto de Lectura*, por Carolina Marcial Dorado. En la Serie Hispanoamericana. Ilustrado por F. Liley Young. Muy interesante libro.

De Francisco Gil Esquerdo, Licdo. en Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires: *Parábolas*. Dibujos de Santiago José Chierico.—Cía. Iberoamericana de Publicaciones, S. A. Madrid. Señas del escritor: Calle Falcón 6814. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Otro título de la *Nueva Biblioteca Filosófica*: *El Libro del Hombre de Bien*, por Benjamín Frankliu. Madrid. 1929.

De la Casa Editorial *Araluce* hemos recibido: María Enriqueta: *Cuentecillos de Cristal*. Ilustraciones de René. Escritos para los niños. Que a las manos de los nuestros, llegue este librito.

Obra nueva de Martín Luis Guzmán: *La sombra del caudillo*. Novela. Espasa-Calpe. Madrid. 1929.

Del autor: Víctor M. Dotti (Guaná 2243. Montevideo): *Los alambradores*. Cuentos. Editorial *Albatros*. Montevideo. 1929.

(Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas entregas).

y pasajeros, cuota que en aquella fecha, y para gentes que no sabían media palabra del asunto, parecía justa, razonable, equitativa y estimulante para el tráfico. Desde la fecha en que la concesión pasó a hoy, han transcurrido diez y nueve años, y ya Mr. Hill se apresura a declarar ante la nación entera que las tarifas de los ferrocarriles, tanto el Internacional como el Inglés, son onerosas. Con Mr. Hill están acordes en su opinión, los comerciantes, agricultores o industriales del país entero. Mr. Hill también declara que los puertos salvadoreños—vendidos al extranjero—se han convertido en una especie de encrucijada donde los intereses salvadoreños sufren el concertado asalto de los intereses extranjeros.

¿Qué se debe hacer? Pues, mientras las concesiones estén en pie, pagar lo que las compañías extranjeras quieran, y soportar con paciencia la carga de las tarifas máximas. Las compañías son *extranjeras*, y el Gobierno de la República no puede hacer otra cosa que velar porque cumplan con los términos onerosos de sus concesiones.

Los cafetaleros salvadoreños quedan, pues, indefensos y a merced de las tarifas exorbitantes de la *International* y de la *Salvador Railways*. Los puertos salvadoreños no pueden ser tocados en manera alguna; y el dinero de la vialidad, comprometido con los intereses aliados de los ferrocarriles no puede tampoco ser invertido en vías de comunicación que compitan con los ferrocarriles.

Pero Mr. Hill no se conforma con señalar el mal. También carga con las responsabilidades del acusador. «*Se gastó algo*» dice, para que esas compañías lograran lo que tienen. Es decir, hubo soborno de funcionarios. Habrá que buscar a los hijos de aquellos hombres que firmaron la concesión de la *Irca*, de la *Salvador Railways* y de la Agencia Salvadoreña, para que salgan en defensa de la memoria de sus padres.

Y bien: ¿cómo pudieron pasar tantos absurdos? Pues porque nadie sabía nada. En 1910 la Universidad de El Salvador no había producido un hombre que supiera media palabra de control de utilidades públicas⁽¹⁾. En aquella fecha nadie protestó contra las concesiones, y las concesiones fueron otorgadas. El pueblo no se sublevó, y sus gobernantes vieron en la pasividad de ese pueblo la prueba de que acertaban en sus proyectos, y dieron curso a su obra.

Algo tan grave como las concesiones ferrocarrileras está hoy en el tapete de la discusión pública: nada menos que una concesión o un arreglo con los intereses eléctricos canadenses. Si en la solución de este nuevo problema se procede como en 1910, no será remoto que en 1950, otro Mr. Hill venga a descargar acusaciones formidables contra funcionarios cuya única falta sería no querer oír opiniones libres, prefiriendo la canción de los intereses extranjeros, cantada por bocas nativas, en tono más o menos menor.

N. Viera Altamirano

(1) Nota de PATRIA: ¿Lo ha producido ya?

El caso de El Salvador

Mr. Hill, el Dr. Mendoza y don René Keilhauer

=De Patria. San Salvador=

Sí. Hace diez y nueve años, cuando el doctor Belisario U. Suárez negociaba la concesión con el señor Keilhauer para la construcción del Ferrocarril internacional, solamente se veía la parte buena de la concesión, y no la parte mala. El país entero batió palmas aplaudiendo la obra que se proyectaba, y el General Figueroa y su Gabinete aparecieron aureolados de gloria.

En aquella fecha en El Salvador *nadie sabía una palabra de control de utilidades públicas*. Este negocio del control era cosa vieja en Europa y en Estados

Unidos, pero en El Salvador, no. Y, ciegos, como niños de teta; ingenuos, como gente aun por conquistar, en aquella fecha convinimos en dar la concesión al señor Keilhauer, una concesión absurda, onerosa, lesiva al país y atentatoria a las leyes.

Como no se sabía nada de *control de utilidades públicas*, la concesión pasó por la Asamblea en la misma forma en que la quiso el concesionario. Como garantía de justicia en las tarifas, se insertó una cláusula, estableciendo una *cuota máxima* para transporte de carga

HACE muchos años que publicamos un estudio del doctor Carlos Emery, distinguido profesor en la Real Universidad de Bologna, como primera contribución al estudio biológico de las hormigas que habitan nuestras plantas de cornizuelo (*Acacia cornigera*), tan común en la vertiente del Pacífico, desde mil metros de altura sobre el nivel del mar hasta la costa misma.

Hay en la América tropical varias especies de hormigas pertenecientes al género *Pseudomyrma*, que son de cuerpo delgado como las avispas, dotadas de aguijón venenoso, cuyo piquete causa fuerte escozor y ligera inflamación en la piel durante largas horas. Estas hormigas taladran las espinas tiernas del cornizuelo hacia la parte más delgada, cuando están tiernas, y se alimentan con la pulpa azucarada que extraen de ellas. De cada espina bifurcada sólo taladran uno de los cuernos, en el primer tercio terminal, y por ese agujerito estrecho y ovalado extraen toda la parte carnosa de ambas espinas, quedando así comunicadas por su base, como si juntásemos dos cuernos de toro, uniéndolos por su parte más ancha. Luego que las espinas se endurecen y secan, quedan absolutamente huecas, y en cada una de ellas se instala una familia de hormigas, con sus obreras, hembras y machos alados, larvas y ninfas, formando en cada planta una colonia numerosa, donde cada espina pareada representa una vivienda.

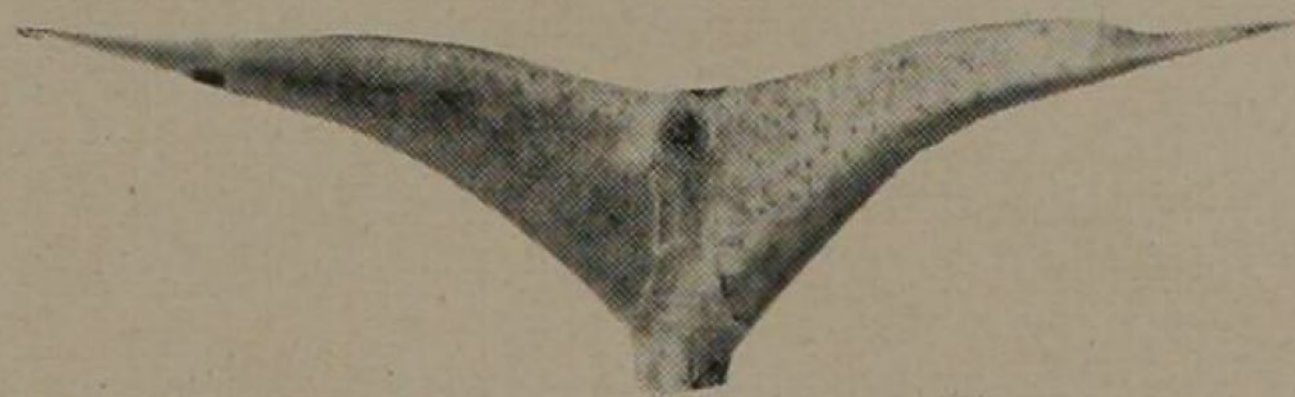
Cuando por casualidad o intencionalmente se sacude una planta de Cornizuelo, todas las hormigas se alborotan como los avisperos: recorren las ramitas y hojas con notable inquietud, y atacan todo animal u objeto extraño que se presente, con tal furia que si ponemos una mota de algodón en cualesquiera de las ramas se cubre por completo de hormigas, sin que se desprendan aunque sumerjamos el algodón en un frasco de alcohol. Ese carácter fácilmente irritable, y el aguijón ponzoñoso de que están dotadas por la Naturaleza, constituyen la mejor defensa de la planta contra los enemigos pequeños que pudieran atacarla. Durante los últimos días he visto en la provincia de Guanacaste una planta pequeña de *Acacia* con las hojas comidas totalmente; la observación detallada dió el siguiente resultado: en dos o tres espinas apareció una oruga adentro, que eran seguramente la causa del daño; en otras espinas había una especie de hormiguitas negras, que parecen *Pseudomyrmas* por su forma, pero que resultaron completamente inofensivas al colectarlas. Dice el ilustre naturalista Tomás Belt que durante su permanencia en Nicaragua, a mediados del pasado siglo, plantó unas matas de cornizuelo en un sitio donde no había *Pseudomyrmas* y cuando crecieron bastante y estaban cubiertas de hojas tiernas, llegaron las hormigas arrieras, pertenecientes al género *Atta*, y pelaron completamente sus acacias, llevándose todas las hojas; de lo cual infiere que las hormigas propias del Cornizuelo sirven para ahuyentar a las arrieras, estableciéndose un caso típico de simbiosis entre las hormigas y las plantas a que nos referimos. Sin embargo, algunos naturalistas sostienen que este fenómeno es solamente un parasitismo, y que las hormigas son para las *Acacias* lo que las pulgas en los perros, una plaga y nada más.

Las espinas son puntiagudas y fuertes, igualmente defensivas contra los rumiantes, resultando ambas protecciones de tal eficacia que algunos pájaros construyen sus nidos en los Cornizuelos, sin que los reptiles, ni pequeños carnívoros, osen atacar sus pichones.

Entre las hormigas que habitan las espinas de Cornizuelo hay tres especies bien caracterizadas: una amarilla, una roja y otra negra, cada cual habita una planta separadamente; mas por complacencia dejan estas hormigas que otras especies, aún de géneros diferentes, vivan con ellas en la misma planta, en perfecta armonía, aunque separadamente, ocupando los huéspedes tolerados las espinas viejas y abandonadas por las *Pseudomyrmas*. Esto sucede a veces con una rama seca de la planta, pero cuando toda está seca, se retiran las *Pseudomyrmas*, pasándose a otra planta nueva, y los huéspedes

Las hormigas de cornizuelo

(Envío del autor.)



Espina de Cornizuelo *Acacia cornigera* en tamaño natural

se quedan solos, ensanchando con frecuencia los agujeros de entrada a las espinas, cuando son demasiado estrechos para hormigas de mayor tamaño o más gruesas, como los *Camponotus*, por ejemplo. Debemos considerar estas últimas como logreras de las viviendas abandonadas por las belicosas poseedoras de las acacias. Cuando las hormigas ponzoñosas se alborotan, los huéspedes se esconden en sus habitaciones o en las pequeñas grietas de la corteza, mientras los soldados beligerantes recorren el tallo, las ramas, las flores y las hojas, en todas direcciones, en actitud de ataque contra cualquier agresor, así sea tan grande como un buey o tan débil como un mosquito; a los grandes los ahuyentan y a los pequeños los matan clavándoles, unas en pos de otras, sus puñales envenenados.

A cambio de ese servicio de guardia constante, que las hormigas prestan a la planta, ésta les da alojamiento en sus espinas huecas, les suministra la pulpa alimenticia de que están llenas las espinas tiernas; tiene además glándulas secretoras de miel y ciertas excrecencias al borde de las hojas, semejantes a peras diminutas, que las hormigas comen con verdadero deleite, sin perjudicar las hojas, las flores, ni los frutos en forma alguna.

Si observamos las hormigas de Cornizuelo, las veremos examinar sin descanso las hojas tiernas, tocar con las antenas constantemente las secreciones alimenticias, como si cuidasen de una huerta sembrada por ellas para el sustento de toda la colonia. Esas peras pequeñas, amarillas, están pendientes al borde de las hojuelas, las hormigas las examinan una tras otra sin descanso, en la época de la cosecha para coger las que sean aprovechables, como hacen los niños con los higos maduros o las fresas. Las obreras buscan su alimento, pero también tienen la función de cuidar a las larvas que están recluidas, como los machos y las reinas; admirable servicio mutuo, colectivo, que revela los poderes ocultos de la Naturaleza.

Con frecuencia recogemos hembras fecundas en las espinas de las ramas, rodeadas de huevos, larvas, ninfas y obreras jóvenes, mientras los machos y soldados habitan de preferencia las espinas más desarrolladas, que ocupan la parte gruesa del tronco.

De las veinte especies de *Pseudomyrmas* que tenemos en Costa Rica, la mitad quizá habitan las acacias en la vertiente del Pacífico, y las que viven en la parte Oriental del país, donde no tenemos cornizuelos, tienen que conformarse con ocupar las cañas secas de las Sobralias u otros tallos huecos, o bien ramitas de arbustos, cuya médula puedan extraer fácilmente, como lo hace la *Pseudomyrma bicolor*, por ejemplo. La separación en tres formas características, amarillas, rojas y negras, la hicimos antes, porque los distintivos específicos se quedan para los naturalistas profesionales, y no encajan bien en un artículo de vulgarización científica. El Dr. W. M. Wheeler publicó en 1912 treinta páginas sobre este mismo tema, con referencias históricas, botánicas y bibliográficas, utilísimas para los estudiosos que deseen ilustrar más sus conocimientos entomológicos.

Con respecto a la planta misma, debemos tener al menos dos especies, una de la región costera del Pacífico, con las espinas cónicas, amarillas, huecas, relativamente blandas y largas; y otra de la tierra adentro, de color moreno, cuernos volteados, anchos o aplanados en su base, llenos y de color verde, cuando están tiernas, después se tornan rígidas y cambian de color. También se diferencian en sus flores y frutos, pero los caracteres específicos se quedan para los botánicos, como sucede con las plantas de Guarumo, a que nos referimos en un artículo precedente del *Repertorio Americano*, en noviembre de 1929.

Anastasio Alfaro

San José, Costa Rica.

Un Rey de Hombres...

Viene de la Pág. 120.

Su sinceridad era tan violenta como sus pasiones y su probidad mental era tan honda como su respeto por la verdad. Ha abatido con su palabra terrible a los ciudadanos más altos; se complacía en abatirlos; jamás los ha disminuído. Y esa fuerza volcánica estaba invariablemente al servicio de un ideal de la nación o de un ideal humano. Peleó por la justicia y peleó por Francia. Había jurado vengarse de los que humillaron a su país y a través de la prolongada crisis francesa, desde la caída del dictador hasta la etapa postrera de sus actividades, luchó por la dignificación del pueblo y por la revancha de la república. Siempre solo, siempre impar, esperó la hora de esa venganza suprema de patriota. La esperaba en la oposición y en el gobierno. Hablaba, vociferaba, en la tribuna y en su diario, en sus discursos y en sus libros. Ya era viejo y la hora infinitamente ansiada no llegaba. Cuando llegó, lo encontró otra vez en la soledad. Pero, en el instante en que nadie tenía ya energía para debatirse en la ola de sangre, el viejo Clemenceau, el antiguo adalid de la democracia, asumió en sus manos nervudas y fuertes el mando de Francia. Georges Clemenceau, que se opuso en Burdeos al pacto con los prusianos y a la entrega de las provincias segregadas, oyó cantar la Marsellesa en las ciudades de Alsacia y Lorena, el día del triunfo. El «Padre de la Victoria» en vez de acogerse al reposo se retiró de nuevo a la soledad para seguir combatiendo. El rey de hombres esperaba a la muerte como había vivido: con un gesto de desafío y con un gruñido sublime en los labios. Quien viviera de este modo sabía, evidentemente, que la muerte no podía vencerlo.

Alberto Gerchunoff

Tablero = 1930 =

Desconsolados, trascribimos estos renglones de una carta que nos llega de New York City, y de amigo perspicaz:

México va del mal en peor. La Revolución, nunca segura, se ha desquiciado. Manda allí la poderosa Electric Bond and Share, corporación norteamericana de luz y fuerza eléctricas de la que es director el embajador Morrow, enteramente conectada con la casa Morgan. México triunfó contra los petroleros yanques para caer en las garras de los banqueros. De la sartén cayó al fuego.

Fragmento

El señor Ministro de Costa Rica, abogado don Antonio Médez Bolio, fué invitado de honor al homenaje magnífico que los intelectuales de aquella República acaban de rendir al insigne maestro de *Repertorio Americano*, don Joaquín García Monge. En el discurso pronunciado por el señor Médez Bolio, después de haber dado las gracias por las gentiles referencias que se hicieron de nuestro país, explicó que había asistido como amigo personal del señor García Monge, como escritor y como

mexicano. «Permítaseme—agregó—que por un momento asuma la dignidad de mi puesto de Ministro, honor que sin duda no merezco, para manifestar que también vengo como Ministro de México, autorizado para rendir el homenaje de mi país a un sincero y desinteresado amigo nuestro. Mi país está listo a participar en esta clase de tributos. Se siente orgulloso de la amistad de García Monge.

*(Excelsior, México, D. F.,
3 de octubre de 1919)*

Homenaje a Azorín en Monóvar

Alicante 7, 10 mañana.—*El Casino de Monóvar* acordó rendir homenaje al ilustre *Azorín*, hijo de dicha ciudad, adquiriendo ejemplares de su reciente libro *Superrealismo*, para regalar uno a cada una de las escuelas de la provincia, los cuales se enviarán a los respectivos maestros, acompañados de una noticia

1930

Revista de Avance

Editores:

Francisco Ichaso, Félix Lizaso,
Jorge Mañac y Juan Marinello.

Economía:

Número corriente	20 cts.
Número atrasado	40 cts.
Trimestre	60 cts.
Semestre	\$ 1.00
Un año	1.50
Apartado 2228 —	La Habana, Cuba.

biográfica del autor, con el ruego de que enseñen a sus alumnos a leer en este libro castellano, limpio y puro.

La iniciativa ha tenido una entusiasta acogida.

*(A B C, Madrid
8 enero de 1930)*

La estimación comprensiva

Gracias: dos números de *Repertorio* me hicieron acordarme de esa otra América que no es la Argentina. ¡Qué poder el de nuestro *Repertorio*! Por supuesto que vienen más números; ahora yo, como centroamericano, quiero representar aquí a *Repertorio*. Ya le voy a conseguir algunos suscritores. Por lo demás casi no necesita mi ayuda: yo comprendo, aquí todo el mundo me habla bien de *Repertorio*. El editor Samet me dijo hace unos días:

—Aquí una revista así no se puede escribir, principiando porque no tenemos el hombre.

—¿Y eso?

—Pues fulano o mengano le harían periódicos de ellos mismos y nadie más creería en la tal revista. Aquí hay mucho individualismo, mucho escepticismo, no se cree en labores desinteresadas...

Eso le prueba que usted es único en América y el día que se muera—lo que no sucederá—ya no tenemos más. Luego usted tiene lo que los norteamericanos llaman: personalidad, y que ellos simplifican con este pronombre *it* Es algo sin definición... y usted tiene eso.

Arturo Mejía Nieto

*(Fragmento de carta al Editor
del Rep. Am. Desde Buenos Aires.)*

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

SAN JOSÉ, COSTA RICA

PLENA GARANTÍA DEL ESTADO

Seguros sobre la vida-Incendio-Accidentes
del Trabajo-Transportes Marítimos

Capital	₡ 4,000.000.00
Reservas diversas al 31 de Enero de 1930.	3,487.307.58
Pólizas en vigor a la misma fecha.	₡ 78,819.909.67

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

CERVEZAS	REFRESCOS	SIROPES
ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.	KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.	GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas
Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

Imprenta Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José C. R.